
HARLEQUIN
Jazmín
Carla Cassidy
De otro mundo
Cuentos del mar

De otro mundo

Tú eres lo que estaba buscando

La tímida doctora Phoebe Jones se ruborizó al oír decir esas palabras al detective Kevin Cartwright, un hombre muy sexy. Pero cuando el guapísimo ex policía le explicó que ella era una de los cuatro hermanos que debía localizar, estuvo a punto de derrumbarse en sus fuertes brazos.

Sí, había alguien más tras los pasos de la bella doctora y del valioso collar que era la respuesta a todas las incógnitas de su pasado. Poco después Kevin y ella estaban haciéndose pasar por amantes y viajando hacia el océano en busca de la verdad, y por el modo en el que Phoebe reaccionaba ante aquellos besos impostados era todo menos fingido; era tan real como su deseo por oír a aquel soltero empedernido decirle las más maravillosas palabras de amor.

Capítulo 1

Aquello podía ser otra falsa alarma. Mientras cruzaba las puertas del City Memorial Hospital, Kevin Cartwright temía que así fuera.

Tras tres años de falsas esperanzas y decepciones, no esperaba que fuera a ser diferente aquella vez. Sin embargo, la había visto en la televisión y había ido a comprobar si era ella.

-Tengo cita con la doctora Phoebe Jones-le dijo al recepcionista.

-Cuarta planta -le contestó-. Tome el ascensor y pregunte a las enfermeras de arriba.

Kevin ahogó un bostezo en el ascensor. Era solo mediodía, pero él ya se había tragado cinco horas de avión. Por lo visto, la doctora solo recibía a esas horas y no había tenido más remedio que tomar un vuelo muy temprano para llegar a tiempo desde el sur de California a Kansas City.

Intentó hacer caso omiso del olor a antisépticos, ese olor característico de los hospitales, que solo le evocaba recuerdos de dolor y miedo.

«No lo pienses», se dijo. No quería recordar cosas que habían pasado hacía tanto tiempo.

Una enfermera lo condujo a la consulta de la doctora Jones. Era una habitación pequeña, con una mesa, dos sillas y muchos libros. Sobre la mesa, había un ordenador y una agenda.

Nada personal, ni fotos ni nada.

Nada que indicara cómo era la mujer que ocupaba aquel lugar.

Los recuerdos volvieron a asaltado. Hasta allí llegaba el mismo olor que en los pasillos. Hacía cinco años que no entraba en un hospital, pero los recuerdos seguían allí con la misma fuerza.

Los apartó y se dijo que debía concentrarse en lo que tenía entre manos. Mientras se sentaba, se dijo que tenía que ser ella.

Sintió la adrenalina al pensar que, por fin, tras tres años de búsqueda, podría haber encontrado a una de las personas que le habían encargado buscar.

-Buenas tardes -lo saludó una suave voz femenina desde la puerta.

Segundos después, la tenía ante él.

-Hola -contestó levantándose.

Sintió que se le aceleraba el pulso al mirarla.

Se dijo que no era porque fuera una mujer muy guapa, sino porque podía estar ante el principio del fin de aquel caso, el más difícil de su

carrera.

Aun así, tuvo que reconocer que era guapa.

-Soy la doctora Jones -se presentó haciéndole un gesto para que se sentara-. Supongo que usted es Kevin Cartwright.

-Sí, exacto -contestó Kevin. No le veía el collar. Llevaba un jersey de cuello vuelto que le impedía ver el objeto por el que estaba allí.

-¿En qué lo puedo ayudar, señor Cartwright? -le preguntó consultando la agenda-. Según mi secretaria, insistió usted mucho en verme hoy sin falta, pero no indicó para qué -añadió retirándose de la cara un mechón de pelo del color de la miel-. Si trabaja usted para algún laboratorio, déjeme decide que yo no me encargo de hacer los pedidos y que está usted perdiendo el tiempo.

-No, no trabajo para un laboratorio. En las noticias de ayer, vi al niño al que le reimplantó su equipo el brazo tras el accidente con la segadora.

La doctora asintió.

-Michael se portó fenomenal y la operación salió muy bien.

-Parecía un chico muy valiente.

-Lo es -sonrió ella.

Ante aquella sonrisa, Kevin sintió como un golpe en la boca del estómago.

-Es usted más guapa al natural -le dijo sin poder evitarlo.

No debería haberlo dicho, pero ya no había remedio. Era lo que había pensado desde que la había visto. Era más delgada y sus ojos, más verdes.

-¿Qué quiere, señor Cartwright? -le dijo dejando de sonreír y mirando el reloj-. Tengo quirófano en quince minutos.

-Creo que es usted la mujer que estoy buscando.

-¿Una nueva táctica para ligar? -le preguntó muy seria descolgando el teléfono.

Kevin se dio cuenta de que, en pocos minutos, llegarían los agentes de seguridad y lo echarían del edificio.

-¡Claro que no! -le contestó intentando excusarse por cómo hubiera podido sonar-. Perdón, me he explicado mal. Quería decir que creo que podría ser usted una de las cuatro personas que llevo tres años buscando. Soy detective privado, doctora Jones. Hace tres años, un hombre me contrató para que encontrara a sus cuatro hijos.

-¿A sus hijos?

Por primera vez desde su llegada, había conseguido despertar su interés.

-Sí, tres hijas y un hijo.

-¿Y cree que yo podría ser uno de ellos?-le preguntó arrellanándose

en su butaca.

-Sí, creo que sí. Sé que se llama Phoebe. También le habían dicho que era probable que los cuatro vivieran cerca del mar; Kansas City no puede estar más lejos de la costa.

La mujer lo miró con el ceño fruncido.

-Hay muchas mujeres que se llaman Phoebe. Tal vez, cientos... o miles....-dijo volviendo a mirar la hora-. Ahora no tengo tiempo -añadió levantándose.

Kevin hizo lo mismo. No le había dado tiempo de preguntarle por el collar, la pieza clave que le diría si era aquella la Phoebe que buscaba o no.

-¿Podríamos quedar esta tarde para seguir hablando? -sugirió. La vio dudar.

-En un sitio concurrido. Si cree que le hago perder el tiempo, se podrá ir tranquilamente-Insistió.

-Muy bien -contestó mirando de nuevo el reloj-. A las siete en Myrtle's, un café que hay aquí al lado.

-¿Cuál es la dirección?

La doctora sonrió con malicia.

-Si es usted detective privado, señor Cartwright, seguro que lo encuentra sin problema -contestó saliendo por la puerta.

Kevin se quedó mirándola y tocó la pepita de oro que llevaba en el bolsillo, el último pago que le habían hecho por aquel caso.

Salió del hospital y tomó aire con ansia para borrar el olor del interior.

Mientras cruzaba el aparcamiento en dirección al coche que había alquilado, pensó en el hombre que se la había dado. Loucan. Un nombre extraño para un tipo extraño. Al principio, cuando lo había llamado para buscar a sus cuatro hijos, le había parecido normal.

No era la primera vez que lo contrataban para algo así... Sin embargo, aquel caso había sido extraño desde el primer día. La primera vez que había visto a Loucan había sido en los muelles de Santa Bárbara.

Loucan lo había contratado y le había pagado con perlas de altísima calidad. Desde entonces, se habían visto muchas veces y siempre le había pagado con perlas, monedas de oro antiguas o pepitas de oro.

Como policía que había sido, Kevin olió misterio, pero no había conseguido saber qué pasaba allí. Si Phoebe Jones tenía el collar que él creía que tenía, era parte del rompecabezas.

De momento, tenía que desentrañar otro misterio: ¿dónde estaba el café Myrtle's?

Phoebe se metió bajo la ducha con la esperanza de restablecerse un poco; estaba agotada.

Había empezado el día, que había sido de locos, con una operación de apendicitis urgente a las cinco de la mañana.

No había suficientes equipos, ni médicos, ni, enfermeras para la cantidad de urgencias que debían atender y, además, aquel trabajo no estaba bien pagado. Menos mal que siempre le quedaba la satisfacción que reportaba ayudar a los demás.

Salió de la ducha y se secó mientras pensaba en el hombre que había ido a verla.

Kevin Cartwright. Qué guapo era aquel tipo de pelo castaño y ojos azules. Se había sentido atraída por él al instante. . Pensándolo bien, no sabía si había sido él o lo que le había dicho.

Familia. ¿De verdad tenía parientes en algún lugar? Había perdido las esperanzas hacía mucho tiempo.

Y, de repente, aparecía un desconocido en su consulta y le hablaba de hijos, hermanas y hermanos. Qué maravilla.

Se vistió con esmero mientras intentaba apartar la posibilidad de su mente. No quería hacerse ilusiones. Se peinó rápidamente, se puso un toque de rosa en los labios, agarró el bolso y salió.

A las siete menos cuarto, llegó a Myrtle's y se sentó en la mesa de la ventana, como siempre. Así podría ver llegar a Kevin.

-Hola, doctora Jones -la saludó Camilla sonriendo mientras le servía un vaso de té con hielo-. ¿Lo de siempre?

-Sí, pero ¿le importaría esperar? Estoy esperando a una persona.

-¿Una persona de sexo masculino? -preguntó la mujer con una ceja enarcada.

-Sí, pero no es lo que usted cree -se apresuró a aclararle Phoebe.

-Nunca es lo que yo creo y no me parece bien. Una mujer joven y guapa como usted no

debería cenar sola todas las noches.

Phoebe sonrió.

-Camilla, llego tan cansada que no sería buena compañía para nadie.

-Se subestima usted, doctora -dijo la mujer yendo hacia otra mesa.

Phoebe bebió un poco de té mientras miraba por la ventana. Camilla siempre le estaba insistiendo para que encarrilara su vida. Aquella mujer no entendía que Phoebe tenía su vida más que encarrilada, en torno al trabajo, por supuesto.

Ya había tenido una vida suficientemente movida hasta los

dieciocho años.

Al ver a Kevin avanzar por la acera, no pudo evitar que se le acelerara el pulso. Lo observó cruzar la calle y se fijó en cómo andaba.

Era alto, delgado y fuerte. Llevaba unos vaqueros y un polo que le quedaban de maravilla.

Lo vio pasarse la mano por el pelo justo cuando iba a entrar, como si quisiera estar bien.

Sin pensarlo, ella hizo lo mismo. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, paró inmediatamente. Aquello no era una cita.

Kevin entró y cruzó el local con una energía que lo envolvía todo. Era algo electrizante... Ya lo había notado en su consulta.

Miró a su alrededor y sonrió al verla. Tenía una sonrisa arrebatadora, que lo convertía en un diablo de lo más sensual.

-Veo que lo ha encontrado -le dijo mientras él se sentaba enfrente.

-Sí, soy un buen detective -sonrió.

En ese momento, llegó Camilla.

-Buenas noches -dijo mirando a Phoebe como dándole el visto bueno-. Hoy tenemos carne asada y pollo a la barbacoa.

Kevin se quedó mirando a Phoebe.

-Yo ya he pedido -le dijo ella.

-Siempre come lo mismo -apuntó Camilla. -Hamburguesa con queso y patatas -dijo Kevin-. Y un café.

Cuando Camilla se fue, se quedó mirando a Phoebe sin decir nada. Phoebe tomó el vaso de té y bebió. Tenía la boca seca y se dio cuenta de que se había puesto nerviosa.

Se dijo que no tenía nada que ver con Kevin, sino con la información de la que era portador.

Dejó el vaso sobre la mesa y lo miró. -Muy bien, señor Cartwright, dígame lo

que desea de mí.

-Por favor, llámeme Kevin -contestó él echándose hacia atrás y mirándola fijamente.

Phoebe se sonrojó levemente.

-Es usted muy guapa -apuntó.

-¿Es usted siempre así de directo? -dijo

Phoebe enrojeciendo por completo.

Kevin sonrió abiertamente.

-Sí, pero le pido perdón por incomodada.

Phoebe asintió molesta.

-Señor Cartwright, soy una mujer muy ocupada y no tengo tiempo para tonterías. Me ha dicho antes que lo habían contratado para encontrar a una mujer llamada Phoebe. ¿Qué lo hace pensar que soy

yo?

Kevin se encogió de hombros.

-La vi en la tele y pensé que tiene usted la edad de la mujer que busco.

-Tengo más o menos veintisiete años.

-¿Más o menos veintisiete? -repitió él enarcando una ceja.

En ese momento, llegó Camilla con la ensalada y la sopa para Phoebe y la hamburguesa para él.

-Ha dicho que tenía más o menos veintisiete -le recordó cuando la camarera se hubo ido.

Phoebe asintió.

-Me crié en un orfanato y no tengo certificado de nacimiento -le explicó-. Me dijeron que tenía unos dos años cuando me dejaron allí.

-¿En el orfanato? -preguntó Kevin dándole un mordisco a la hamburguesa.

-Sí, bueno, no. Me dejaron en un hospital, muy enferma. La mujer que me acompañaba

también llegó muy enferma. De hecho, murió... Nunca la pudieron identificar -contestó mirando con tristeza la sopa de verduras.

-¿No sabe si se llamaba Trealla? -le dijo Kevin echándose hacia delante.

- Trealla... -repitió ella. No lo había oído nunca, pero aquel nombre le sonaba-. No lo sé. .. No recuerdo nada de cuando era pequeña.

Kevin se metió una patata frita en la boca y se quedó mirándola de nuevo.

-Hay una forma de saber si es usted la mujer que busco.

-¿Cuál es?

Kevin se sacó del bolsillo un papel.

-La mujer que busco tiene un metal así -le dijo mostrándole el papel.

Phoebe lo tomó con manos temblorosas y lo miró. Tenía forma de un cuarto de tarta y estaba ricamente tallado. Lo conocía tan bien como los latidos de su corazón.

Automáticamente, se llevó la mano al pecho y tocó el amuleto de plata que colgaba de su cuello.

Se lo sacó y se lo mostró.

-Soy la mujer que buscas, Kevin -le dijo.

Capítulo 2

Kevin comparó la pieza del papel con la que tenía ante sus ojos y se puso nervioso. Eran exactamente iguales.

La había encontrado. Después de tantos años buscando, de tantas decepciones, por fin había encontrado a una de las cuatro personas que andaba buscando.

-Tenemos que irnos a California -dijo agarrándole las manos a Phoebe.

-Bueno... un momento... -contestó ella apartando las manos y bajando la mirada-. Perdona -añadió al volverlo a mirar, con lágrimas en los ojos-. Hace tiempo que había tirado la toalla. Creía que estaba sola en el mundo. Me da miedo hacerme ilusiones.

Kevin sintió el ridículo deseo de abrazarla y de asegurarle que nunca volvería a estar sola.

Siempre se había sentido protector con las mujeres desvalidas.

Sin embargo, había vuelto al hospital aquella misma tarde para investigar un poco y, por lo que había averiguado, la doctora Phoebe Jones parecía todo menos una mujer desvalida.

Una profesional solitaria, seria, brusca, dedicada en cuerpo y alma a su trabajo... Así la habían descrito sus compañeros. No la debían de haber visto nunca como él la estaba viendo en aquellos momentos.

-Me parece una postura inteligente -le dijo-. Te he encontrado a ti, pero no a los otros tres.

Phoebe apartó la ensalada a medio comer.

-Háblame del hombre que te contrató. ¿Es mi padre?

Lo miraba con ojos implorantes. Kevin hubiera deseado poder decide que sí, pero no era así.

-No, Loucan es demasiado joven. Debe de tener mi edad. Unos treinta y cuatro -contesto.

-¿Loucan qué más?

-Loucan a secas -contestó Kevin con el ceño arrugado, porque una de las cosas más misteriosas de todo aquello era que no había podido averiguar nada del hombre que lo había contratado-. Bueno, lo que importa es que me contrató para encontrarte y llevarte a Santa Bárbara.

Phoebe empalideció.

-Me fui de California con dieciséis años y juré que nunca volvería.

-Loucan me dejó muy claro que tenías que volver y, si no, que le tenía que llevar tu collar.

Phoebe se agarró el amuleto.

-No pienso darle a un hombre que no conozco de nada lo único

que tengo. No conozco de nada a ese tal Loucan, y a ti tampoco.

Kevin sonrió.

-No sé mucho sobre Loucan, pero te aseguro que yo soy un buen hombre. Me gustan los niños y los animales y solo ronco si duermo boca arriba.

Le gustó ver que Phoebe sonreía tímidamente. .

-No puedo irme a California contigo porque no ronques.

-¿No te pica la curiosidad? Loucan podría ser tu hermano o tu primo. ¿Vas a dejar pasar la oportunidad? -le dijo Kevin sintiéndose culpable.

¿Quería convencerla para que fuera a California, para que de verdad se reuniera con su familia o para conseguir la cuantiosa recompensa que le había prometido Loucan?

-No lo sé -contestó Phoebe, confusa-. Necesito tiempo para digerir todo esto. Ahora mismo no puedo decidir nada.

-Me parece bien.

Comieron en silencio durante unos minutos. A pesar de que en el café olía a comida, Kevin sentía el perfume de Phoebe, un aroma de flores que le encantó.

En realidad, toda Phoebe le encantaba.

-¿Has dicho que te fuiste de California a los dieciséis años?

Phoebe se limpió la boca con la servilleta y asintió.

-Terminé el instituto a esa edad y pedí que me emanciparan porque había varias universidades interesadas en mí. Elegí la de Kansas City y me vine. Estudié aquí la carrera, hice las prácticas y ahora hace un año que trabajo en el hospital.

-Muchas cosas para una mujer tan joven-observó Kevin.

Phoebe se encogió de hombros.

-Quería ser médico desde pequeña, así que no he dejado que nada ni nadie me distrajera nunca de mi objetivo.

-¿Por qué querías ser médico?

De repente y sin saber por qué, Kevin se encontró queriendo saberlo todo sobre ella.

-De pequeña era muy enfermiza. Por lo visto, mi sistema inmunológico era débil y no podía con las enfermedades. Las pillaba todas y pasé buena parte de mi infancia de hospital en hospital -le explicó con tristeza-. Bueno, ya basta de hablar de mí. ¿Y tú? ¿Cómo es que decidiste ser detective privado?

-Porque me dijeron que estaba bien pagado y no había que trabajar mucho -contestó Kevin.

Era la respuesta que siempre daba a todo aquel que le hacía aquella pregunta. Nunca contestaba que era el trabajo que había

elegido cuando su vida se había truncado y todos sus sueños se habían ido al garete.

-¿Eres de California?

-No. Viví y crecí en Chicago, pero hace cinco años me fui a Los Ángeles.

-¿Por qué?

Kevin sonrió.

-El sol, el surf y las mujeres en bikini. Phoebe lo miró intensamente.

-¿Eres siempre tan poco serio?

-Siempre. La vida es demasiado corta como para tomársela en serio.

A pesar de lo guapa que era y de que había algo en ella que lo ponía nervioso, Kevin se dio cuenta de que no tenían nada que ver. Solo era parte de un caso que quería resolver.

-¿Podría ponerme en contacto contigo cuando haya decidido lo que voy a hacer? Necesito tiempo -dijo Phoebe limpiándose la boca con la servilleta y dejándola junto al cuenco de ensalada.

-Estoy hospedado en el Allis Plaza Hotel --contestó Kevin haciéndole un gesto a la camarera-, pero te acompaño a casa. .

-No hace falta -dijo ella con cautela.

-Si te preocupa que descubra dónde vives, ya lo sé. No olvides que soy detective privado.

-¿Y qué más sabes de mí?

En ese momento, les llevaron la cuenta. Phoebe intentó pagar, pero se rindió cuando Kevin le dijo que tenía una cuenta para gastos de ese tipo.

-No me has contestado -le dijo una vez en la calle-. ¿Qué más sabes de mí?

-Que no sales con compañeros de trabajo, que te respetan porque eres una excelente cirujana y que parece que nadie sabe mucho de ti. Según tus vecinos, nunca recibes visitas en casa.

-¿Has hablado con mis vecinos? -preguntó algo indignada.

-Es mi trabajo -contestó Kevin, medio disculpándose-. Tengo que agotar todos los recursos a mi alcance para averiguar cosas sobre la gente. Hablo con sus vecinos, busco en su basura, vigilo... A ti fue fácil encontrarte porque eres una persona de rutinas muy marcadas.

-¿Y eso es malo?

-Si te quieren matar, sí. Es lo peor porque eres predecible.

-Bueno, a mí me gusta ser así -dijo Phoebe, algo enfadada-. Te agradecería que no volvieras a hablar con mis vecinos ni con mis compañeros de trabajo. Y ni se te ocurra meter las narices en mi

basura. Si necesitas saber cosas sobre mí o sobre mi vida, no tienes más que preguntármelas.

-Muy bien -contestó Kevin parándose ante su casa.

-Gracias por la cena -dijo Phoebe.

-De nada -contestó él entrando en el portal y llamando al ascensor-. Tengo la costumbre de acompañar a las mujeres hasta la mismísima puerta de sus casas.

Una vez dentro del ascensor, el perfume que había apreciado en el café le llegó de forma más penetrante y Kevin volvió a sentir aquella energía interior.

Se dio cuenta de lo que era... Una irresistible atracción física. Aunque no la conocía de nada y jamás se liaba con personas relacionadas con un caso, había algo en ella que lo hacía pensar en sábanas revueltas y besos apasionados.

-¿Vas a llamar al tal Loucan para decide que me has encontrado?

-Sí, pero voy a esperar a que hayas decidido le que quieres hacer -contestó Kevin mientras se abrían las puertas del ascensor y salían a un estrecho pasillo.

Lo recorrieron y se pararon ante la puerta 505. Phoebe metió la mano en el bolso, sacó las llaves y abrió.

-Si decido ir a California, necesitaré un par de días para que un colega se haga cargo de mis pacientes.

-Loucan lleva tres años esperando. No pasa nada por un par de días más -dijo Kevin controlándose para no apartarle un mechón de pelo que le caía sobre la mejilla-. Llámame cuando hayas tomado una decisión. Buenas noches, Phoebe.

-Buenas noches, Kevin -dijo ella entrando en su casa.

Kevin estaba yendo hacia el ascensor de nuevo cuando la oyó ahogar un grito de sorpresa. Y no de sorpresa agradable, sino más bien todo lo contrario. De miedo.

Inmediatamente, corrió hacia su puerta y asomó la cabeza. La casa estaba hecha un desastre.

-¡Canalla! -le gritó ella arrojándole un cojín-. Me has invitado a cenar para tenerme entretenida y que tus cómplices pudieran desvalijar mi casa sin problemas.

-No digas tonterías -le espetó Kevin sacando el arma de la pistolera del tobillo-. Llama a la policía y no te muevas de aquí -le ordenó adentrándose en el piso para comprobar que no había nadie.

Miró en los armarios de la cocina, en el vestidor y en la ducha.

Al entrar en su dormitorio, pintado en tonos de azul y melocotón, vio que habían volcado todos los cajones y que habían abierto un joyero.

Tras comprobar que no había nadie, volvió al salón, donde Phoebe se encontraba en estado de conmoción.

-¿Has llamado a la policía? -le preguntó guardando la pistola.

Phoebe asintió.

-Estará a punto de llegar.

-Te juro que no he tenido nada que ver con esto -le dijo poniéndole las manos sobre los hombros-. Tienes que creerme -añadió dándose cuenta de que estaba temblando.

Phoebe se alejó de él y suspiró.

-No sé por qué, pero te creo.

Kevin sintió un inmenso alivio.

-Mientras esperamos a que llegué la policía, mira a ver si te falta algo, pero no toques nada.

La observó mientras Phoebe se paseaba por la estancia con el ceño fruncido. Para cuando llegaron los agentes, tenía muy claro que no faltaba nada.

A Kevin no lo sorprendió. Tenía la corazonada de que aquello no había sido un robo normal, sino una búsqueda frenética de algo.

Mientras Phoebe hablaba con la policía, Kevin no paraba de darle vueltas a la cabeza. ¿Era pura coincidencia que aquello hubiera ocurrido el mismo día que la había encontrado? ¿No habría puesto a alguien más sobre su pista?

Eran ya pasadas las once de la noche cuando la policía se fue y Phoebe acompañó a Kevin a la puerta. Se había ofrecido varias veces a quedarse para ayudada a recoger, pero ella se había negado. Quería estar sola para asimilar todo lo que le había pasado aquel día.

Primero Kevin diciéndole que había un hombre en California que la estaba buscando, y luego el robo. Necesitaba dormir.

El problema era que primero tenía que ordenar. El desorden la volvía loca.

Mientras ponía todo en su sitio, pensó en lo que le había dicho Kevin. La posibilidad de tener hermanos y hermanas le hizo sentir cosas que llevaba años reprimiendo.

Se había pasado toda la infancia anhelando una familia, pero al cumplir los doce años, viendo que nadie había ido a reclamarla, decidió olvidarse de aquella posibilidad y concentrarse en lo que quería, que era estar sola.

La idea de volver a California no le hacía ninguna gracia. Los años que había vivido allí no habían sido muy felices.

Pero, ¿cómo olvidar al tal Loucan? ¿Y si aquel hombre supiera algo sobre su madre o su padre?

A la una se metió en la cama, agotada pero contenta de que la casa hubiera recuperado, más o menos, su aspecto normal.

No se podía dormir pensando que alguien había entrado en su casa, que había violado su intimidad.

¿Qué buscarían? Si hubiera sido un robo normal, se habrían llevado el televisor, la cadena de música o el ordenador. No faltaba nada.

Se durmió con la cabeza llena de preguntas y se despertó a las seis de la mañana, empapada en sudor.

Hacía tiempo que no tenía aquella pesadilla, el sueño que la había acompañado buena parte de su vida. No se movió en un rato, hasta que recuperó el ritmo cardíaco normal.

Se levantó y se metió directamente en la ducha. No quería recordar las imágenes de la pesadilla.

Bajo el chorro de agua caliente, lo que se le fue a la cabeza fue Kevin Cartwright. No sabía por qué pensaba en él. Por supuesto, le parecía muy guapo, pero no podían ser más diferentes.

Ella estaba dedicada en cuerpo y alma a su trabajo y él parecía pasar bastante del suyo. Parecía como si todo le diera igual. Aun así, confiaba en él. .

Y aunque fuera una locura, le habría gustado que la noche anterior, después de que se fuera la policía, la hubiera abrazado con fuerza.

Mientras se vestía, se dijo que debió de ser por la conmoción de que alguien hubiera entrado en su hogar.

Había aprendido desde muy jovencita a cuidarse sola, a no depender de nadie. Había aprendido a ser fuerte, a consolarse sola y a abrazarse a sí misma cuando necesitaba desesperadamente un abrazo. Y el guapo de Kevin Cartwright no iba a cambiar aquello.

Salió de casa cuando estaba amaneciendo.

Al poner un pie en la acera, tomó aire.

Le encantaba madrugar porque el ambiente olía a nuevo y las calles estaban casi vacías.

De repente, vio a Kevin ir hacia ella y se irritó. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

-Buenos días -la saludó-. Cuánta luz para ser tan pronto, ¿no?

-Veo que no sueles madrugar.

-Claro que sí. Me suelo levantar a primera hora de la tarde -sonrió con el pelo revuelto y aspecto soñoliento.

Phoebe se lo imaginó desnudo entre las sábanas y se enfadó todavía más.

-¿Has dormido en el coche?

Kevin sonrió.

-Efectivamente. Es mucho más barato que el hotel.

-Ya te dije ayer que necesitaba tiempo para pensármelo y eso quiere decir no verte -le espetó Phoebe.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo él levantando las manos en señal de rendición-. Si no quieres verme, no andaré á tu lado sino detrás de ti. La vista es muy buena desde allí, ¿sabes?

'Phoebe no dijo nada, se giró y puso rumbo al hospital sabiendo que Kevin la seguía de cerca.

Desde que había entrado en su consulta el día anterior, había sentido que su vida se descontrolaba y aquello no le gustaba nada. Debía decidir si iba o no a California, pero con Kevin cerca le era imposible pensar.

Era una doctora segura de sí misma, fuerte e independiente, pero Kevin le recordaba que, además de médico, era mujer.

Giró en la esquina de un edificio abandonado y alguien se le tiró encima. Fue tan rápido que no le dio tiempo ni a gritar. Cayó al suelo con fuerza y el tipo se abalanzó sobre ella y fue directo a su cuello. Phoebe intentó arañarle la cara y darle una patada en la tripa.

Se grabó en la memoria sus rasgos, desfigurados por la ira, porque sabía que sería importante.

-¡Eh!- Al oír a Kevin, sintió un enorme alivio. El tipo levantó la mirada y salió corriendo.

-¿Estás bien? -le preguntó arrodillándose a su lado.

-Se me ha tirado encima -le explicó tocándose el cuello y sintiendo las marcas de las uñas.

-Te has hecho daño -afirmó Kevin, furioso.

-No, estoy bien.

-¿Seguro?

-Soy médico -contestó intentando esbozar una sonrisa.

Kevin se puso en pie, la ayudó a levantarse y la abrazó. Phoebe no protestó. Se apoyó en su torso y cerró los ojos un momento.

-Me temía que sucedería algo así -comentó Kevin. .

-¿Qué quieres decir? -le preguntó apartándose.

-Creo que lo de ayer no fue una coincidencia. Creo que yo no era el único que te estaba buscando -le explicó mirándola intensamente-. Me temo que te he puesto en peligro.

Capítulo 3

Kevin se sentó en un banco de piedra que había en la entrada del hospital para esperar a Phoebe. Estaba anocheciendo y lo había llamado al móvil minutos antes para anunciarle que iba a salir.

Tras el ataque de aquella mañana, había intentado convencerla de que se quedara en casa y no fuera a trabajar, pero había sido en vano.

Sin embargo, había accedido a llamar a la policía y poner una denuncia. Habían acordado no decir por qué Kevin la estaba buscando, ya que creían que aquello no haría más que complicarlo todo.

Kevin describió el coche en el que se había montado el atacante, que parecía estar esperándolo. Phoebe describió al hombre e insistió en que tenía que trabajar.

Kevin habría preferido quedarse en el hospital, pero ella había insistido en que no lo hiciera. Allí estaba a salvo. Al final, a regañadientes, Kevin se había ido. Había pasado el día entero buscando respuestas y, desgraciadamente, no había hallado muchas.

Al verla salir, sintió un gran alivio.

-¿Has tenido un mal día? -le preguntó al ver que estaba agotada.

-Como todos -contestó Phoebe mientras iban hacia el coche.

-¿Te has puesto algo ahí? -le preguntó fijándose en los marcados arañazos del cuello.

-Medio frasco de antiséptico –contestó Phoebe-. Y hielo y calor en la cadera. Me está saliendo un cardenal de infarto.

Kevin le abrió la puerta del copiloto y Phoebe se sentó haciendo una mueca de dolor Kevin se recriminó por no haber podido evitar el ataque. Tendría que haberla seguido más de cerca. No debería haberla perdido de vista ni un momento.

Por eso había dormido en el coche. Porque temía que algo así sucediera.

-Aparte de la cadera, ¿te encuentras bien?

-Sí., un poco asustada, pero estoy bien-contestó-. Ayer dormiste en el coche para vigilar mi casa, ¿verdad? No fue para ahorrarte el hotel.

-No. Tenía la corazonada de que podía pasarte algo, pero también tenía la esperanza de equivocarme -le confesó poniendo en marcha el coche-. Me he pasado todo el día intentando averiguar qué está pasando.

Phoebe lo miró desvalida.

-¿Y?

-Me gustaría poderte decir que sé por qué ha pasado lo que ha pasado, pero no es así.

-Creo que el hombre de esta mañana quería quitarme el collar -le dijo Phoebe.

-Yo también lo creo. Es posible que anoche buscaran lo mismo -apuntó Kevin conduciendo hacia su casa.

-¿Por qué? ¿Qué significa el collar? Lo tengo de toda la vida. ¿Por qué lo querría alguien ahora?

Kevin apretó el volante.

-Porque te han encontrado. .. Gracias a mí.

-¿Quién es Loucan? ¿Cómo sabes que no ha sido él?

-Porque no le he dicho todavía que te he encontrado -contestó Kevin aparcando el coche frente a su edificio-. No creo que tenga nada que ver. ¿Te importaría que siguiéramos hablando dentro?

Phoebe dudó un segundo, pero asintió.

Kevin pensó que no era una mujer a la que le gustara compartir su espacio personal.

-¿Por qué tengo el presentimiento de que lo de anoche y lo de esta mañana no es más que el principio? -suspiró Phoebe una vez en el ascensor.

Kevin deseó poder decirle que no era así, pero él creía lo mismo y no valía de nada asegurarle que su vida iba a volver a la normalidad cuando aquello no era verdad.

-Desgraciadamente, creo lo mismo.

Al entrar en su casa, Kevin no se sorprendió de ver que todo estaba ordenado.

-Te debes de haber pasado toda la noche ordenando -comentó mirando a su alrededor.

Allí tampoco había objetos personales, ni fotos ni recuerdos. Era un piso bien decorado, pero podría haber sido de cualquiera.

-Estás en tu casa -le dijo indicándole el sofá.

-Si alguien entrara en mi casa, tal vez no me daría ni cuenta, porque normalmente suele estar como estaba la tuya anoche.

-Así que, además de detective privado, eres un vago.

Kevin sonrió.

-Sí, supongo que sí.

-Si no te importa, me voy a cambiar. Kevin asintió y se sentó.

-No te preocupes por mí.

Phoebe se metió en su habitación y cerró la puerta. Kevin tuvo que luchar contra una oleada de agotamiento que amenazó con poder con él de repente.

El no haber pegado ojo la noche anterior le estaba pasando factura. Cuando Phoebe volvió, se incorporo.

-¿Quieres tomar algo? ¿Un café?

-Un café. Estupendo -contestó-. ¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

-Tres años -contestó Phoebe haciendo el café.

-No es la típica casa de una cirujana de éxito.

Phoebe sonrió.

-Estoy bien aquí y no necesito una casa más grande. Voy andando al hospital que, al fin y al cabo, es donde me paso la vida.

A Kevin le gustaba aquello de ella, que tomara decisiones porque algo le resultara cómodo y no por el qué dirán.

Mientras el aroma del café lo impregnaba todo, hablaron del barrio y de la ciudad. Cuando el café terminó de hacerse y se sentaron a tomado en el salón, pasaron a hablar del tema importante.

-Has dicho que no crees que Loucan sea responsable de la agresión que he sufrido.

Kevin dio un trago al café y asintió.

-Cuando ayer por la mañana me fui de California, Loucan sólo sabía que estaba siguiendo una pista. No le dije dónde iba exactamente ni le he dicho que te había encontrado.

-¿Has hablado con él?

-Sí, esta mañana, después de dejarte en el hospital, y me ha encargado otra cosa sobre ti.

-¿Qué? -preguntó Phoebe con curiosidad.

-Quiere que te lleve a Santa Bárbara sana y salva. Loucan no quiere que te pase nada. Ni a ti ni al collar.

Phoebe dejó la taza sobre la mesa y arrugó el ceño.

-¿Por qué tiene tanta importancia mi collar?

-Ojalá lo supiera -contestó Kevin-. ¿Te importa enseñármelo? -añadió dejando la taza sobre la mesa también. .

Phoebe dudó, pero al final se sacó el collar por el cuello y se lo dio.

Kevin lo estudió atentamente. Desde luego, era una pieza rara.

-¿Sabes lo que significan esos extraños símbolos y dibujos?

-No tengo ni idea -contestó Phoebe negando con la cabeza.

-Lo has tenido siempre, ¿no?

-Por lo visto, lo llevaba ya puesto cuando me dejaron en el hospital.

-Es increíble que lo hayas guardado todos estos años.

Phoebe miró el collar y después desvió la vista hacia los ojos de Kevin.

-Era lo más preciado que tenía, lo único que podía estar relacionado con mi familia -contestó poniéndoselo-. ¿Quién crees que lo quiere y por qué?

-No lo sé. He intentado que Loucan me contara algo, pero ha

insistido en que solo hablará cuando estemos en California –apuntó Kevin-. Creo que había alguien más buscándote y te han encontrado gracias a mí.

-¿Qué vamos a hacer? -preguntó Phoebe, preocupada. Kevin sintió de repente que debía protegerla como fuera.

-Eso depende de ti. No sé qué resorte he tocado al encontrarte, pero lo que está claro es que la única persona que puede tener la respuesta está en California y no va a hablara hasta que no te tenga delante.

Phoebe echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Kevin la observó en silencio. Sabía que se estaba planteando ese viaje y él quería que dijera que si por varios motivos.

Al principio, había sido por la recompensa que le había prometido Loucan; luego, a lo largo de aquel día, porque necesitaba respuestas y ahora, mientras la miraba y aspiraba su aroma a flores, recordando el breve encuentro de sus cuerpos aquella misma mañana, porque tenía la corazonada de que su vida dependía de ello.

Phoebe siempre había llevado una vida ordenada y había tenido muy claro lo que quería. Sin embargo, una sola mirada de Kevin Cartwright lo había volado todo por los aires.

La idea de ir a un lugar próximo al mar la aterraba. La terrible y recurrente pesadilla que solía tener era siempre sobre el mar. No obstante, se le hacía imposible alejar a Kevin de su vida y seguir como si no hubiera pasado nada.

Abrió los ojos y lo miró preguntándose cómo era posible que confiara tanto en aquel hombre al que conocía apenas hacía veinticuatro horas. Tal vez porque no tenía a nadie más. Apartó aquel triste pensamiento de su cabeza.

-Necesito un par de días para organizarme -dijo-. ¿Podemos ir y volver en el mismo día?

-No creo que sea buena idea. .

-¿Por qué?

Kevin se pasó los dedos por el pelo.

-El tipo que te atacó esta mañana huyó en un coche en el que había más personas. Eso significa que, si vamos a California en avión, podrían seguirte. Prefiero que vayamos en coche.

-¿En coche? Pero se tarda varios días -protestó Phoebe.

-Sí, pero no sabrán dónde estamos. Phoebe se dio cuenta de que tenía razón.

-Phoebe -le dijo agarrándole una mano por sorpresa-. No quiero ser pájaro de mal agüero, pero no creo que el peligro se vaya a pasar de

repente.

Phoebe retiró la mano con suavidad tras la increíble descarga eléctrica que había recibido.

-Sí, tienes razón. No tengo más remedio que ir a California y hablar con Loucan -dijo levantándose y tocando el collar, que caía entre sus pechos-. Necesito respuestas. Si Loucan sabe cosas sobre el collar, puede que también sepa algo de mi familia.

-¿Crees que te daría tiempo de tenerlo todo arreglado para irnos el sábado a primera hora?

Aquello era de locos. Phoebe no se podía creer que estuviera contemplando la posibilidad de montarse en un coche con un completo desconocido y cruzarse medio país.

-Sí, creo que sí -contestó.

-Bien -dijo Kevin sonriendo-. ¿Qué te parece si te invito a cenar en Myrtle's?

-No me apetece mucho salir –contestó Phoebe sinceramente-. Lo malo es que creo que no hay nada de comer en casa. Siempre como fuera y. . .

- No pasa nada ¿Te gusta la pizza? Podríamos pedir una.

-Me encanta -contestó Phoebe, entusiasmada y muerta de hambre.

-¿Sueles pedir a algún sitio en particular?

-A Belmonico's -contestó diciéndole dónde estaba el número.

Nunca habían cuidado de ella, pero estaba demasiado cansada como para ponerse ahora a discutir. Que Kevin pidiera la cena no era para tanto.

-Supongo que te gustará la vegetal o alguna porquería por el estilo.

Phoebe se rió a carcajadas.

-¿Por qué dices eso?

-Como ayer pediste sopa de verduras y la camarera dijo que siempre pides lo mismo, pensé que eras una de esas personas sanas que odian la carne.

-Soy una persona sana y vigilo lo que como, pero mi pizza preferida es la de pepperoni.

-Estupendo -dijo Kevin descolgando el teléfono.

Cuando terminó de pedir la pizza, se sentó en el sofá, a su lado. Phoebe intentó no oler su colonia.

No pudo evitar pensar en aquella mañana, cuando la había ayudado a levantarse y la había abrazado unos segundos. Había sentido los latidos de su corazón y se había apoyado en su pecho. ¿Por qué se había sentido tan a gusto?

Apartó aquel pensamiento de su mente. Al fin y al cabo, acababan de saltar encima de ella y seguramente se habría abrazado igual a

King Kong.

-¿Tienes familia, Kevin?

-Ya no -contestó-. Mi madre murió cuando tenía quince años y mi padre hace un año. Tengo tías y tíos, pero nadie cercano.

-Háblame de los otros, de los demás que estás buscando -le pidió Phoebe tomando de nuevo la taza de café.

-No hay mucho que decir. Loucan quiere que encuentre a otras tres personas aparte de ti. Thalassa, que debe de andar por los treinta y tres, Saegar, que tiene unos treinta y uno y Kai, que es de tu edad.

-Kai. .. -repitió Phoebe agarrando la taza con fuerza. Aquel nombre le decía algo.

-¿Te recuerda algo? -dijo Kevin acercándose un poco más.

-No... la verdad es que no, pero de repente, no sé... ha sido cómo si me sonara de algo.

Lo cierto era que había sentido una gran nostalgia. ¿Sería real o provocado por las inmensas ganas de tener una familia?

-No creo que sea muy difícil encontrarlos. No tienen nombres muy normales -comentó.

-Sí, pero Loucan no tiene ni idea de sus apellidos. Llevo tres años buscándolos por todas partes, mirando en Internet y todo, pero nada. A ti te encontré por el reportaje que salió en las noticias. Vi el collar y pensé que podrías ser una de las personas que estaba buscando.

En ese momento, llegó la pizza. Phoebe puso platos de plástico y sacó refrescos; ambos se sentaron en la pequeña mesa de la cocina a cenar.

Como por acuerdo tácito, hablaron de cosas sin importancia. Aun así, Phoebe pensó que eran demasiado diferentes.

Kevin le contó la última película que había visto y ella no recordaba la última vez que había ido al cine. Phoebe dedicaba su tiempo libre a leer y Kevin confesó que él sólo leía periódicos y revistas.

La sorprendió contándole que había sido policía y le comentó anécdotas divertidas de su paso por Chicago.

Seguramente no todos los episodios eran ciertos, pero le agradecía que estuviera haciendo un esfuerzo para hacerla reír.

Mientras recogían la cena, la tranquilidad se desvaneció. Phoebe no podía evitar sentirlo demasiado próximo.

La atraían demasiado sus ojos azules y su arrebatadora sonrisa.

-¿Qué te parecería tener un compañero de piso estos días? -le preguntó mirándola muy serio.

La pregunta la pilló completamente por sorpresa.

-¿Cómo?

-¿Qué te parecería que durmiera en el sofá hasta que nos vayamos el sábado por la mañana? Es que ya no tengo la habitación en el hotel.

-Estabas convencido de que iba a acceder a ir a California, ¿eh?

-No, pero estoy bastante convencido de que sigues estando en peligro y prefiero quedarme cerca para protegerte. Puedo dormir en el coche, por supuesto, pero así solo podría vigilar la entrada principal. Esos tipos podrían entrar por la trasera y las laterales.

-Perdona, no lo había pensado.

-Disculpa aceptada -dijo Kevin agarrándole la mano-. Mire, doctora, solo quiero asegurarme de que no le pasa nada. Además, este sofá es mucho más cómodo que el coche de alquiler.

Phoebe se sintió incómoda de nuevo. ¿Cómo era posible que le gustara tanto sentir su mano? La retiró y se levantó.

-Muy bien, puedes dormir en el sofá -contestó sintiéndose extenuada-. Si no te importa, me voy a ir a dormir.

Kevin asintió y se levantó. Phoebe le dio un juego limpio de sábanas y una manta. No tenía fundas de almohada de sobra, así que le dio una de las suyas. .

-Gracias -le dijo él-. Si quieres una protección de primera, tendría que dormir contigo, claro -añadió malicioso.

-Creo que me voy a contentar con una protección de segunda. Tú en el sofá y yo en la cama.

Kevin sonrió encantador.

-No sé por qué, pero lo sabía -apuntó-. En serio, doctora, duerme tranquila. Nadie te molestará mientras yo esté cerca.

-Gracias, Kevin. Hasta mañana -contestó Phoebe metiéndose en su habitación y cerrando la puerta.

Se preguntó cómo habría sido dormir con él en la misma cama, aspirando su aroma y sintiendo el calor de su cuerpo.

Nunca había pensado en algo así. Claro que tampoco habían entrado nunca en su casa ni la habían atacado en la calle.

Se puso el camisón y se metió en la cama sin poder dejar de pensar en el hombre que estaba en su salón.

¿Por qué se sentía tan atraída por él? ¿Sería porque cabía la posibilidad de que la fuera a llevar con su familia? ¿O sería por una loca química producida por la certeza de que la estaba protegiendo?

Daba igual de dónde naciera aquella atracción. Lo cierto era que no iba a hacer nada al respecto. Siempre había vivido sin hombres, excepto tres meses hacía más de un año. Siempre había sido una mujer fuerte e independiente.

Además, no debía olvidar que para Kevin Cartwright ella no era más que un trabajo, un sueldo.

Capítulo 4

La almohada que le había dado olía a ella.

Kevin se sentó en el sofá y abrazó la almohada mientras se la imaginaba entre sábanas de flores, con el pelo esparcido sobre la almohada y los labios arrebatados por sus besos.

Arrugó el ceño y dejó la almohada a un lado. Debería estar pensando en el largo viaje que los esperaba.

Si condujeran diez horas al día, podrían llegar en dos días y medio, así que el lunes por la tarde podrían estar en Santa Bárbara.

Había un hotel junto al muelle, donde solía quedar con Loucan. No era de cinco estrellas, pero parecía tranquilo y podrían estar seguros registrándose con un nombre falso.

También decidió cambiar el coche porque, seguramente, aquellos tipos ya lo tendrían fichado.

Se puso a hacer la cama en el sofá mientras no paraba de preguntarse quién podría estar buscando a Phoebe. ¿Qué tenía el collar para que quisieran robarlo?

Ni siquiera parecía de plata. Aunque lo fuera, no debía de costar más de doscientos dólares porque no pesaba mucho. Desde luego, no lo suficiente como para tomarse tantas molestias en robarlo.

Decidió darse una ducha antes de dormir y no creyó que a Phoebe le importara. El baño estaba decorado en tonos pastel. Dejó la puerta entreabierta. No quería sorpresas.

Se duchó rápidamente y, al abrir el armario para agarrar una toalla, descubrió unos frascos. Destapó uno y aspiró. Mmm… Olía a Phoebe.

¿Qué diablos estaba haciendo? Lo dejó en su sitio y se vistió a toda velocidad, tapando aquella cicatriz tan espantosa que le cruzaba el torso entero.

Salió al pasillo y se quedó escuchando para ir familiarizándose con los ruidos de la casa. No había calefacciones ni aires acondicionados puestos, así que todo estaba en silencio.

Volvió al salón y a pensar en la mujer a la que tenía que proteger. ¿Le estaría diciendo la verdad? ¿De verdad no sabía por qué había alguien buscando el collar?

Parecía verdaderamente perpleja por aquel interés, pero su experiencia como policía y detective privado le habían hecho comprender que de buenos mentirosos estaba el mundo lleno.

Se tumbó en el sofá en calzoncillos, dejó la pistola al alcance de la mano sobre la mesa e intentó relajarse.

Las sábanas olían a suavizante y la almohada, a Phoebe. Aquellos

fueron sus últimos pensamientos.

Se despertó de repente sin saber por qué. El piso seguía a oscuras. No se movió y aguzó el oído.

Café. Eso era lo que lo había despertado. Supuso que Phoebe estaba haciendo café.

Se incorporó y miró el reloj. Las cinco de la mañana. Hacía muchos años que no madrugaba tanto.

Se puso los vaqueros rápidamente y vio que había luz en el baño. Fue a la cocina y sirvió dos tazas de café.

-Anda, que menudo vigía estás tú hecho -lo saludó Phoebe-. Me he duchado, me he vestido y he hecho café sin que te enteraras.

-Si hubieras hecho más ruido de lo normal, te habría saltado a la yugular, te lo aseguro -contestó Kevin haciéndole un gesto para que se sentara.

-Me has mentido -dijo sentándose. -¿Sobre qué? -preguntó él, sorprendido. -No solo roncas boca arriba -contestó ella sonriendo-. Cuando estaba poniendo el café, estabas de lado y roncabas como un gocho.

Kevin se sorprendió al sentirse un poco avergonzado.

-Supongo que es porque el aire está muy seco -protestó-. ¿Qué haces despierta a horas tan intempestivas?

-Porque me gusta madrugar, Kevin, no como a ti. Además, quiero llegar pronto al trabajo para dejar todo arreglado y poder ir a California.

Kevin asintió.

-Tienes un ordenador, ¿verdad?

-Sí.

-¿Con Internet?

-Sí, ¿por qué?

-¿Te importa que lo utilice mientras estás en el trabajo?

-¿Te vas a quedar aquí?

-Sí -contestó él-. Bueno, si lo prefieres, me puedo ir al coche.

Phoebe se sonrojó levemente.

-No, perdona. Es que no lo había pensado.

-Sé que no estás acostumbrada a que haya nadie en tu casa. Te prometo que no voy a tocar nada -sonrió Kevin-. Te prometo que no voy a cotillear entre tu ropa interior.

Phoebe tomó un trago de café y lo miró a los ojos.

-No me haces mucha gracia, la verdad -dijo dejando la taza sobre la mesa.

-No pasa nada. A mí sí.

Phoebe no sonrió. Miró el reloj, fregó su taza y se quedó

mirándolo.

Kevin se levantó y se fue al salón. No, desde luego, aquella mujer no tenía mucho sentido del humor. Era tan tiesa que no sabía cómo no se rompía al andar.

Minutos después, estaban en el coche camino del hospital.

-Llámame cuando vayas a salir para que te venga a buscar -le dijo al dejarla en la puerta principal.

-De acuerdo -contestó abriendo la puerta-.Por cierto… son todas blancas y como de niña pequeña. Nada excitante -añadió cerrando la puerta y metiéndose en el edificio.

Kevin tardó unos segundos en darse cuenta de que se refería a sus braguitas. Se rió y pensó que, tal vez, había subestimado su sentido del humor.

Mientras se alejaba, se la volvió a imaginar entre sábanas de flores. Solo llevaba unas braguitas de algodón blanco, y la verdad es que resultaba de lo más excitante.

Fue un día muy largo que se le hizo todavía más largo sabiendo que Kevin estaba en su casa.

Lo que la ponía nerviosa era darse cuenta de que, cuanto más tiempo pasaba con Kevin, más confiaba en él.

No le resultaba fácil confiar en los demás. En el orfanato había aprendido que había poca gente en el mundo que mereciera ese trato. ¿Sería Kevin de fiar?

Aunque no estaba segura, se alegró de verlo esperándola al salir del trabajo.

Por primera vez en muchos años, no quería irse a casa sola.

-Hola, doctora -la saludó con una gran sonrisa-. Pareces agotada

-Muchas gracias -le dijo con sequedad. -Perdón. Quiero decir, estás muy guapa, pero hecha polvo.

-Estoy cansada -apuntó.

Él, sin embargo, estaba recién duchado y afeitado. Demasiado guapo.

-Me has hablado de tu trabajo, pero no de tu vida privada -le dijo sintiendo una repentina curiosidad por el hombre que debía protegerla.

-¿Qué quieres saber? -le dijo Kevin poniendo el coche en marcha.

-¿Has estado casado?

-No.

-Pero supongo que habrás tenido muchas novias.

-Cientos. .. Puede que miles -bromeó.

-Hablo en serio, Kevin. ¿Hay alguien especial en tu vida?

-No, llevo cinco años sin salir con nadie en serio -contestó tocándose el pecho-. ¿Y tú?¿Sales mucho?

Le hubiera gustado decirle que sí, que había varios médicos locos por ella, pero le dijo la verdad.

-No, no tengo tiempo.

-Deberías hacer un hueco en tu apretado horario para el amor -lo aconsejó mientras aparcaba el coche frente a su casa.

A Phoebe le costaba creer que no hubiera salido con ninguna mujer en cinco años. Un hombre tan guapo y ligón como él.

Al entrar en casa, olía a ajo y tomate.

-¿Has hecho la cena?

-Supuse que te gustaría comer de verdad para variar -contestó Kevin yendo hacia la cocina-. Espero que te guste la comida italiana.

-Me encanta -contestó emocionada por el detalle.

Era una de las cosas más bonitas que nadie había hecho por ella.

-¿Por qué no vas a ponerte cómoda mientras hago la pasta? -sugirió Kevin.

Phoebe se puso unas mallas y una camiseta repitiéndose una y otra vez que no debía dejar que aquello la afectara demasiado. Seguramente, había preparado la cena para no tener que pedir la cena a domicilio ni invitarla a Myrtle's.

Al entrar en la cocina, se lo encontró dando vueltas a una fuente de macarrones.

-Siéntate y toma un poco de vino. Esto ya casi está -le indicó Kevin.

-¿Te puedo ayudar en algo?

Kevin sonrió.

-Ya has trabajado suficiente por hoy. Te mereces que alguien te haga la cena. Siéntate y disfruta.

Phoebe sintió ganas de llorar. Nunca nadie se había parado a pensar en la cantidad de horas que trabajaba y en lo agotada que llegaba a casa. Se apresuró a sentarse y a probar el vino. .

«Ten cuidado, Phoebe Jones», le dijo una vocecilla. «Está aquí porque alguien quiere tu collar y porque le han pagado por ello».

-Así que eres un buen detective privado, un desastre con el orden en tu casa, roncas y cocinas...

-Cocino bien -concluyó él-. Supongo que eso compensa el desorden y los ronquidos.

-¿Siempre te ha gustado cocinar? -le preguntó dando buena cuenta del vino;

-Empecé a cocinar a los quince años, cuando murió mi madre y me di cuenta de que mi padre no tenía ni idea de lo que era una cocina -

contestó Kevin retirando la pasta del fuego-. Hice un curso y me di cuenta de que me encantaba cocinar -añadió poniendo sobre la mesa la fuente de pasta, una ensalada y pan.

-Guau, estoy impresionada -apuntó Phoebe sinceramente. A ella, la cocina nunca se le había dado bien. .

-Bueno, esto no es nada -contestó él, agradecido-. Veo que no cocinas mucho –añadió pasándole la ensalada.

-Si no fuera por Myrtle's, me habría muerto de hambre hace tiempo -confesó.

-De todo tiene que haber en esta vida. A mí no me gustaría vivir en un mundo sin médicos.

Phoebe sonrió y se relajó.

-A mí no me gustaría vivir en un mundo sin cocineros.

-¿Qué tal el día? -le preguntó mientras le servía la pasta.

-Apretado, como siempre, pero he conseguido arreglado todo para tener un par de semanas libres. Esta salsa está para morirse.

-Gracias. ¿Y el pequeño Michael?

-No es paciente mío, pero ya se ha convertido en uno de los favoritos de todo el hospital -contestó Phoebe-. Es muy pronto para saber el grado de movilidad que tendrá en el brazo implantado, pero tenemos esperanzas.

-Debe de ser una maravilla poder curar a la gente.

-Por desgracia, no siempre es así.

-Bueno, mejor no hablamos de eso, ¿de acuerdo? Una buena comida tiene que ir acompañada de una buena conversación. Y así fue. Era fácil hablar con aquel hombre terco y dispuesto a opinar sobre todo, pero que sabía escuchar.

Mientras recogían, Phoebe intentó no mantener contacto físico con él, pero la cocina era muy pequeña y resultó imposible.

Sus hombros y sus dedos se encontraron varias veces mientras llenaban el lavaplatos. Se fijó en que tenía unas bonitas manos de dedos largos. ¿Qué sentiría si le recorriera el cuerpo con ellas? ¿Sería tan buen amante como cocinero?

Al darse cuenta de lo que estaba pensando, se dijo que estaba loca. ¿Cómo podía plantearse tener una relación con él? En cuanto llegaran a California, adiós muy buenas.

Tras recoger la cocina, hicieron café y se fueron al salón, donde se sentaron cada uno en un extremo del sofá.

-Además de ir a la compra y hacerme una cena maravillosa, ¿qué más has hecho hoy?

-Navegar en Internet.

-¿Buscando a los otros tres?

-Sí, Y algo más -contestó sacándose del bolsillo una moneda de oro antigua-. Hace unos seis meses, Loucan me dio esto en pago por mis servicios. Llevo desde entonces intentando saber qué es.

-¿Me dejas verla? -dijo acercándose a él-.Parece de verdad.

-Lo es. Tiene una cara de mujer grabada. -La inscripción parece hecha en español -Sí, he encontrado una referencia hoy, pero no tiene sentido.

-¿Qué has averiguado? -le preguntó devolviéndole la moneda.

-Ven -le indicó yendo hacia el ordenador.

Phoebe se sentó y Kevin pasó el brazo por encima de ella para mover el ratón. Phoebe intentó hacer caso omiso de su cercanía y del calor que emanaba de su cuerpo.

Kevin abrió una página Web y allí había una moneda igual que la suya y una descripción.

Phoebe leyó el texto y lo miró confusa.

-No entiendo nada. Dice que estas monedas se acuñaron especialmente para una celebración de la reina Isabella, pero que se perdieron cuando el barco en el que viajaban se hundió debido a una tormenta.

Kevin asintió.

-Yo tampoco entiendo nada.

Volvieron al sofá, pero aquella vez Kevin se sentó a su lado.

-Te estarás preguntando lo mismo que yo -dijo dejando la moneda sobre la mesa-. ¿Cómo ha llegado a manos de Loucan?

-¿Me estás diciendo que ese familiar se podría dedicar a buscar tesoros o algo así?

-Todavía no lo sé -contestó agarrándole la mano-. Por lo que sé, Loucan es un respetable empresario.

Phoebe se dio cuenta de que se lo decía para tranquilizada, pero que no estaba muy convencido.

Debería haber retirado la mano, pero no lo hizo. Suspiró.

-De pequeña, cuando todavía tenía esperanzas de encontrar a alguien de mi familia, solía preguntarme si me gustarían, en caso de llegar a encontrados. Me imaginaba que era una princesa a la que se habían visto obligados a abandonar para protegerla, y luego me sumía en la tristeza pensando que tal vez era hija de ladrones, drogadictos o de alguien que, simplemente, no me quiso.

Kevin le apretó la mano.

-Tiene que ser terrible no saberlo.

Phoebe retiró la mano por fin.

-Háblame de tus padres.

Kevin se echó hacia atrás y arrugó el ceño.

-Mi madre era una mujer callada, cariñosa y buena -contestó.

Se quedó en silencio unos minutos y Phoebe se dio cuenta de que pensar en su madre lo entristecía.

-Supongo que es peor perder a unos padres a los que se ha conocido y querido que no conocerlos nunca -comentó.

-Puede, pero cuando los conoces, tienes que apechugar con lo que te toque. Si tienes la suerte de que te toquen unos padres buenos, maravilloso, pero si no...

-¿y tu padre?

-Mi padre era un tipo duro y frío. Había sido marine y acabó como policía. A pesar de todo, lo quería y lo respetaba mucho -contestó muy serio-. Desgraciadamente, tuvimos una buena discusión cuando dejé la policía y, cuando murió, no nos hablábamos mucho -añadió con pena.

-Lo siento mucho, Kevin -le dijo con ternura poniéndole una mano en el antebrazo.

Sintió que se relajaba un poco, pero cuando la miró, sus ojos eran más oscuros que nunca.

Sin previo aviso, se echó hacia delante y le dio un delicado beso en los labios. No hubo nada de delicado en la respuesta de Phoebe, que sintió un tremendo calor por todo el cuerpo y respondió con pasión.

Kevin percibió su entusiasmo y la abrazó. Sus cuerpos se acercaron y se tocaron. Sus pechos quedaron pegados el uno al otro. Phoebe quería sentir su aliento y el latir de su corazón.

Lo deseaba tanto que se asustó, se apartó de él y se levantó.

-No deberías haber hecho eso -le reprochó con un hilo de voz.

-Me cuesta controlar mis impulsos. Me apetecía besarte -sonrió Kevin.

-No vuelvas a hacerlo -exclamó-. Buenas noches.

-¿Huyes?

Phoebe se sonrojó.

-No digas tonterías. Tengo sueño. Hasta mañana.

Kevin asintió. Phoebe se paró en el pasillo y se giró al oírlo decir su nombre.

-Doctora, solo ha sido un beso.

-Por supuesto que solo ha sido un beso-dijo ella metiéndose en su habitación.

Se apoyó en la puerta y recordó el sabor, la textura y las sensaciones que habían provocado sus labios.

Tal vez para él hubiera sido solo un beso, pero para ella había sido mucho más.

Capítulo 5

“No debería haberla besado”. Mientras metía las maletas en el coche, Kevin se reprocho la acción del jueves por la noche.

Justo cuando Phoebe había empezado a relajarse en su presencia, fue y la besó. No se pudo contener, pero lo único que había conseguido había sido que se encerrara más en sí misma.

El viernes por la noche, había salido muy tarde de trabajar y al llegar a casa solo habían hablado del viaje del día siguiente. Se mostró fría y distante y, en cuanto pudo, huyó a su habitación.

Cerró el maletero y se tocó la cicatriz a través de la camiseta en un gesto ausente. No quería tener ninguna relación con Phoebe.

Hacía tiempo que había decidido que el amor y el matrimonio no eran para él. Solo había sido un beso a una mujer guapa.

Lo malo era que no se había parado a pensar cuánto le iba a gustar y a afectar aquel beso y cuánto deseaba que se repitiera.

Pero no podía ser. Phoebe se merecía un hombre de verdad, un hombre completo, no un cobarde cosido de arriba abajo que no se había sabido ganar ni el respeto de su padre.

Se giró y la vio salir del edificio, preciosa con unos sencillos vaqueros y una camiseta de algodón blanca.

-¿Y eso? -le preguntó señalando el abrigo y el paraguas que llevaba.

-Va a llover.

Kevin arrugó el ceño.

-El hombre del tiempo dijo ayer que iba a hacer bueno todo el fin de semana

Phoebe se encogió de hombros.

-Da igual lo que haya dicho el hombre del tiempo. Va a llover.

-Si tú lo dices. .. ¿Todo listo?

Phoebe asintió y se montaron en el coche.

-No sé por qué has insistido en salir tan tarde. Vamos a tragamos todo el tráfico de la hora punta

-No importa -contestó Kevin.

No la quería preocupar explicándole que era más fácil perder a un coche si los seguía, en un atasco.

Recorrieron un par de calles hacia la salida a la autopista. Kevin miró varias veces por el retrovisor. Al cabo de un par de esquinas, apareció un coche blanco. Iba bastante lejos y no podía verles las caras.

Miró a Phoebe, que parecía relajada.

-¿Has dormido bien?

-La verdad es que no -admitió-. Estoy bastante nerviosa, ¿sabes?

Kevin sonrió.

-Es normal. Este viaje es importante. Vas a cruzar medio país para ir en busca de tus raíces.

Phoebe asintió y se puso a mirar por la ventana.

Al salir a la autopista, Kevin se concentró única y exclusivamente en el tráfico y en el coche que los seguía. Se incorporó a lo bestia, ganándose unos cuantos pitidos e insultos.

El tráfico era lento, pero fluido. Kevin se cambió de carril varias veces a bastante velocidad. Oyó a Phoebe ahogar un grito y, por el rabillo del ojo, la vio clavar las uñas en el asiento.

Aun así, volvió a cambiarse de carril con movimientos bruscos. Los demás conductores estaban que trinaban. Miró por el retrovisor. El coche blanco hacía exactamente lo mismo que él. No había duda. Los estaba siguiendo.

Aceleró y siguió pasándose de carril hasta que vio una salida. Se cruzó los tres carriles y salió a dos ruedas, provocando pitidos y frenazos.

-Para el coche -gritó Phoebe.

-Espera -dijo parando en una gasolinera y mirando los coches que pasaban.

-¿Estás loco? -lo increpó ella abriendo la puerta para bajarse.

-No salgas -le ordenó Kevin agarrándola del brazo.

-Déjame -gritó ella mirándolo con intensidad-. Estás loco.

-Nos estaban siguiendo.

Aquello pareció tranquilizarla. Suspiró y cerró la puerta.

-Habérmelo dicho.

-No quería preocuparte.

-¿Y crees que conduciendo así no me iba a preocupar?

Tomó aire profundamente, como para calmarse.

-Kevin, me tienes que decir qué está pasando. Por favor, no intentes protegerme ocultándome las cosas. Necesito saber la verdad en todo momento.

-Muy bien. De ahora en adelante, te contaré la verdad y nada más que la verdad -le prometió poniendo el coche en marcha de nuevo-. Vamos a devolver este coche y a alquilar otro.

-¿Por qué?

-Porque, obviamente, los que nos seguían lo conocen.

-¿Sabías que nos iban a seguir?

-Me lo olía. Si quieren quitarte el collar, nos tienen que seguir; No pueden perderte de vista.

Phoebe se sacó el amuleto del cuello y lo apretó.

-¿Por qué será tan importante?

Kevin arrugó el ceño.

-Espero que Loucan lo sepa.

Media hora después, a las ocho y media, habían cambiado ya el coche. Condujeron en silencio durante un buen rato. Kevin no perdía de vista el retrovisor. Tras una hora de no ver a nadie sospechoso, comenzó a relajarse.

-¿Por qué dejaste la policía? -le preguntó Phoebe de repente.

-¿Por qué me lo preguntas? -dijo él, sorprendido.

-No sé. Después de esa demostración de tus habilidades al volante...

Le había prometido contarle la verdad en todo momento, pero eso no incluía revelarle su pasado y desnudar su alma.

-Porque quería cambiar -contestó intentando buscar una respuesta lógica-. La verdad es que no quería seguir teniendo jefes. Ahora soy mi propio jefe y, cuando quiero, puedo vaguear.

Phoebe lo miró de soslayo.

-¿Tu padre también era policía en Chicago?

-Sí -contestó Kevin agarrando el volante con fuerza al pensar en su padre-. Estábamos en departamentos diferentes. El era de homicidios y yo estaba en antivicio.

-Te va mucho -sonrió Phoebe.

Kevin se rió dándose cuenta de que, cuando la veía sonreír, se moría por besarla. Pero no podía ser, así que volvió a concentrarse en la carretera.

No podía volver a cometer el error de besarla. No debía siquiera pensar en ello. Tampoco quería pensar en su padre. El hombre había muerto muy enfadado con él.

No quería que Phoebe conociera aquellos entresijos de su vida. Desde luego, no tenía intención de estar tanto tiempo con ella como para que se diera cuenta de que no era más que un cobarde.

Phoebe no sabía por qué, pero Kevin se había apartado de ella. Era como si no viajaran en el mismo coche.

Debía de haber dicho algo que lo había puesto en guardia. Iba conduciendo con el volante agarrado con fuerza y la mandíbula tensa.

Recordó que le había dicho que había discutido con su padre y supuso que allí había más miga de lo que parecía.

Echó la cabeza hacia atrás y se dijo que no era asunto suyo. Cuanto menos supiera de Kevin Cartwright, mejor.

Hacía tiempo que había aprendido que era mejor mantener ciertas distancias con los demás. En su profesión, tenía que hacerlo para no

caer en una depresión.

Se quedó dormida sin darse cuenta y no se despertó hasta que oyó los limpiaparabrisas.

-¿Has dormido bien?

-Sí. ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?-preguntó peinándose un poco.

-Como una hora -contestó señalando la lluvia-. Tenías razón. Se ha puesto a llover. ¿Sueles acertar?

-La verdad es que sí -contestó sinceramente.

-¿Cómo lo haces? ¿Te duele algún hueso roto? ¿Te entra dolor de cabeza?

-No -contestó intentando buscar las palabras para explicar algo que ni ella entendía-. Lo siento dentro de mí.

-Loucan me dijo que quizá los cuatro tuvierais habilidades extrañas.

-¿Habilidades extrañas?

-Sí. No le di demasiada importancia.

-Bueno, no creo que eso sea una habilidad extraña. Me parece que hay mucha gente que puede predecir cuándo va a cambiar el tiempo.

-Yo no, desde luego. Normalmente me suelo mojar. .

Permanecieron en silencio un rato. Phoebe intentó no tener en cuenta el hecho de que la presencia de Kevin parecía inundar el pequeño habitáculo del deportivo negro.

Le encantaba cómo olía, pero no podía dejarse embriagar por aquel olor porque de lo contrario, irremediablemente, se iba a poner a pensar en el beso; y no podía ser. Compraron unas hamburguesas y se las comieron en el coche. Durante la tarde, condujeron hablando de cosas banales como los paisajes por los que iban pasando.

Solo pararon a poner gasolina. Los dos querían recorrer todos los kilómetros que pudieran.

Pasadas las siete, Kevin se paró en un restaurante de las afueras de Denver.

-No sé tú, pero a mí no me apetece otra hamburguesa. Podríamos cenar aquí y dormir en el motel de ahí al lado-sugirió.

-Me parece bien -contestó Phoebe poniéndose nerviosa al pensar que iba a tener que dormir en la misma habitación que él.

Los nervios no hicieron más que aumentar durante la cena. Kevin pidió carne asada con puré de patatas y salsa; ella, ensalada de pollo. El le tomó el pelo porque siempre pedía ensalada y ella bromeó con la cantidad de colesterol que él se estaba metiendo en el cuerpo.

Para cuando terminaron de cenar y entraron en el motel, Phoebe estaba histérica.

-Voy a registrarnos -dijo Kevin-. Espérame con las puertas cerradas. Si pasa algo, pita -añadió bajando del coche.

Phoebe bajó los seguros y se quedó mirándolo andar. Mmm. A los pocos minutos, estaba de vuelta.

-Tenemos la habitación ocho y, por esta noche, somos John y Mary Caldwell.

-¿Nos hemos registrado con nombres falsos?

-Sí, y he pagado con la tarjeta de crédito de John Caldwell. Más vale prevenir.

-¿y quién es John Caldwell?

-Un amigo de California. Tengo una tarjeta a su nombre y un carné de identidad con su foto. Nos parecemos muchísimo.

-¿y no le importa que te hagas pasar por el?

-Mientras pague la tarjeta, no -sonrió Kevin-. Cariño, hemos llegado -añadió bajando del coche ante la habitación número ocho-. Ya estamos en casa.

«Ojalá», pensó Phoebe. Ojalá estuviera en su casa, en su mundo, sin misterios y sin la tentación de Kevin.

Menos mal que había dos camas en la habitación.

-Pasa tú primero al baño si quieres -le indicó él mientras dejaba su maleta junto a la cama que estaba más cerca de la puerta.

-Muy bien -contestó Phoebe agarrando su camisón y el champú.

Mientras se metía en el baño, vio que Kevin cerraba la puerta con llave y echaba la cadena de seguridad.

Mientras se duchaba, intentó relajarse. La verdad era que tantas horas en el coche y los nervios de dormir en la misma habitación le habían dejado la espalda de lo más dolorida.

Se secó a toda velocidad, pues supuso que él se encontraría todavía más cansado y se estaría muriendo por una ducha calentita. Deseó haberse llevado una bata, pero al menos el camisón era de algodón grueso y no demasiado cortó.

« ¿Qué te hace pensar que Kevin se va a fijar en tu camisón?», pensó mientras se peinaba.

« ¿Qué te hace pensar que le interesa lo que hay debajo?»

Tomó aire y recogió sus cosas para salir del baño. Kevin estaba buscando algo en la maleta y ni la miró.

Aprovechando el momento, guardó la ropa, se metió en la cama y se tapó a toda velocidad.

Kevin se giró cuando ya estaba tapada de pies a cabeza y agarró el despertador.

-Lo voy a poner a las seis -dijo mirándola-. Mañana nos espera un día muy duro, así que será mejor que intentemos dormir bien.

-Muy bien -dijo Phoebe cerrando los ojos.

Unos segundos después, oyó el grifo de la ducha. Abrió los ojos y se quedó mirando el techo. Intentó no imaginárselo desnudo bajo el agua. Vestido ya estaba bien, pero desnudo... debía de ser irresistible.

Se imaginó su torso, fuerte y cubierto de un fino vello. Le parecía poder acariciarlo.

Cuando dejó de oír el agua, cerró los ojos e intentó dejar de pensar en él.

Ya había intentado tener una relación con un hombre una vez y había salido fatal. Intentar algo con Kevin sería una locura y ella no era una loca, sino una mujer inteligente y racional que intentaba no cometer errores.

Se giró y se puso a mirar la pared. En cuanto entró en la habitación, lo conoció por su olor. Lo oyó meterse en la cama, taparse y apagar la luz.

Durante unos minutos, lo único que se oyó fueron las puertas de los coches de otras personas que habían llegado a pasar la noche.

-¿Estás despierta?

-Sí -contestó girándose. Kevin suspiró.-Siempre me lleva un rato relajarme y poderme dormir.

-A mí también -confesó Phoebe.

-Eres una compañera de viaje muy buena. Phoebe sonrió en la oscuridad.

-Gracias. Tú tampoco estás mal.

Dudó un momento, pero decidió preguntárselo.

-¿De verdad llevas cinco años sin salir con nadie?

-De verdad -contestó Kevin.

-¿Por qué?

Kevin no contestó y Phoebe se preguntó si no habría metido las narices donde no la llamaban.

-Después de dejar la policía, me fui a Los Ángeles y puse la oficina de detective privado. California es muy diferente a Chicago. Tenía mucho trabajo y apenas tiempo para conocer a mujeres.

-Una pena porque, si las hubieras conocido, seguro que habrías salido con todas. ¡Con lo simpático y extrovertido que eres!

-y encantador. No olvides que soy encantador.

Phoebe se rió. -y encantador, sí.

-¿y tú? ¿De verdad que no sales nunca con nadie?

-Bueno, he tenido un novio. Duró tres meses y fue hace más de un año.

-¿Era médico?

-Sí, un cardiólogo del hospital.

-¿Y qué pasó?

-Que me di cuenta de que era estupendo arreglando los corazones de los demás, pero que él carecía de uno -le contó recordando a Ben, el hombre por el que había bajado la guardia por primera vez en su vida-. Todo iba bien. Nos veíamos cuando podíamos, que no era muy a menudo, pero los dos lo entendíamos porque trabajamos en lo mismo. Bueno, la cosa es que se acabó cuando descubrí que estaba saliendo, con una enfermera a la vez que conmigo.

-Menudo caradura.

-No le sentó muy bien que lo dejara -recordó Phoebe.

-¿Por qué? ¿Qué hizo?

-No hizo nada, fue lo que dijo.

-¿Qué dijo?

Nunca se lo había contado a nadie. No sabía por qué, si era porque confiaba en Kevin a ciegas o porque la oscuridad la arropaba y le daba pie a confesar, pero se lo contó.

-Me dijo que había salido conmigo solo porque le daba pena que fuese la mujer menos sensual del mundo -contestó avergonzada.

-Supongo que te dolería -apuntó Kevin con ternura.

-Sí, pero me di cuenta de que era un canalla y me olvidé de él. Bueno, será mejor que nos durmamos -añadió avergonzada por su confesión.

-Buenas noches, Phoebe -dijo Kevin. Cuando estaba casi dormida, oyó que la llamaba.

-Dime.

-Si ese médico te dijo que eras la mujer menos sensual del mundo, no solo era un canalla. Además estaba ciego.

-Gracias, Kevin -dijo Phoebe sintiéndose agradecida.

-No hay de qué. Digo lo que veo.

Capítulo 6

Kevin se despertó segundos antes de que sonara el despertador. Lo apagó rápidamente y sin hacer ruido para no despertar a Phoebe, que estaba plácidamente dormida.

Le estaba empezando a gustar de verdad. Con aquellos embrujadores ojos verdes y aquellos labios tan dulces. La historia sobre el médico le había llegado al corazón.

Le parecía imposible que un hombre no la encontrara sensual. Desde luego, tenía que ser un imbécil. Kevin la encontraba sensual en todo momento, desde cuando se retiraba el pelo de la cara hasta que arrugaba el ceño mientras pensaba.

La miró, pero la habitación estaba a oscuras y no la veía. La había visto fugazmente la noche anterior cuando había salido del baño, antes de que se escondiera bajo las sábanas.

Había sido una estela de camisón rosa y una larga pierna que lo había tenido despierto la mitad de la noche.

Sí, le estaba empezando a gustar y no le hacía ninguna gracia. Ninguna. Se levantó en silencio, tomó la pistola y la ropa y se metió en el baño.

Se quedó mirándose en el espejo y no pudo evitar tocarse la horrible cicatriz. Tras operarlo a vida o muerte, le habían hablado de un cirujano plástico, pero no le había interesado.

Se dio cuenta de que había sido porque no quería que desapareciera, quería conservarla para que le recordara que no era el hombre que su padre había esperado, para no olvidar que era un fracaso.

Se vistió, se peinó y se lavó los dientes. Listo para otro día de coche.

Salió del baño y encendió la lámpara de la mesilla. Phoebe ni se movió. Se quedó mirándola. Tenía unos rasgos realmente delicados: cejas rubias, nariz pequeña y labios entreabiertos, como esperando a ser besados.

Se enfadó consigo mismo por desear con toda su alma besarlos él.

-Phoebe, despierta -dijo con más rudeza de la que pretendía.

Phoebe se desperezó y se estiró como un gatito recién levantado. Kevin sintió un tremendo deseo y una punzada en la ingle.

Se apartó de la cama para no meterse bajo las sábanas y demostrarle lo terriblemente sensual que la encontraba.

-Nos tenemos que ir -insistió.

-Buenos días, ¿eh? -dijo ella sentándose en la cama.

-Buenos días -dijo Kevin-. Voy a ir metiendo el equipaje en el

coche mientras te vistes -añadió, y salió de la habitación, sin esperar a que Phoebe respondiera.

Una vez fuera, respiró deseando que el frío aire de la mañana lo tranquilizara. Miró la hora. Cuanto antes llegaran a California, antes podrían hablar con Loucan y antes de desharía de ella.

Al cabo de diez minutos, Phoebe salió de la habitación con su maleta.

-Vamos -dijo tras cerrar el maletero.

-¿Eres siempre así de simpático cuando madrugas? -preguntó Phoebe metiéndose en el coche.

-Siempre -contestó Kevin poniendo el motor en marcha-. Sí, soy un desastre, ronco y soy antipático. Será mejor que no lo olvides -añadió enfadado.

Quería enfadarse, sí. Consigo mismo por deseada y con ella por hacer que la deseara. Imposible.

-¿Solo los domingos o todos los días de la semana? -bromeó Phoebe.

Estupendo. Ella cada vez más extrovertida y relajada, y él cada vez más parecido a una estirada institutriz.

-El desastre que ronca y es antipático pide perdón -suspiró.

-Disculpas aceptadas.

-¿Te importa que ponga la radio?

-Claro que no. Me encanta la música. Una canción de los Beach Boys inundó el coche y Kevin comenzó a relajarse.

No debería haberse enfadado por desearla. Al fin y al cabo, era normal. Llevaba demasiado tiempo sin hacer el amor. Era un hombre joven y sano, y resultaba normal que se sintiera atraído físicamente por una mujer tan guapa.

Además, era difícil enfadarse escuchando a los Beach Boys y a los Beatles. Brillaba el sol y no quedaba ni rastro de la lluvia del día anterior.

Al cabo de un par de horas, pararon en una gasolinera a tomar un café y llenar el depósito. .

-¿Quieres que conduzca yo un rato? –se ofreció Phoebe.

Kevin la miró sorprendido.

-Creí que no sabías.

-¿Por qué? -preguntó ella, también sorprendida.

-Como vas andando a todas partes. .. A trabajar, a comer. Pensaba que no tenías coche y que no sabías conducir.

-Sí tengo coche, un Mustang Cobra rojo. Lo tengo en una plaza de garaje cerca de casa. Es un engorro sacado todos los días, pero cuando tengo un día libre, me gusta conducirlo mientras escucho música.

-Guau, menudo cochazo.

-Me encanta. Bueno, ¿quieres que conduzca?

-Ahora estoy bien, pero si me canso, te lo digo.

Como el día anterior, a la hora de comer, compraron unas hamburguesas y se las comieron en el coche. Cantaron las canciones que se sabían mientras el coche comía kilómetros.

A Kevin siempre le había gustado conducir y cada vez se encontraba más tranquilo. Miró a Phoebe, que parecía tan relajada como él.

-Háblame de cuando estabas en el orfanato.

-¿Qué quieres saber?

Kevin se encogió de hombros.

-Siempre he oído historias terribles sobre esos sitios.

-Yo no tengo ninguna. La verdad es que todas las familias de acogida que tuve eran normales.

-¿Familias de acogida?

-Sí, quizá esa fuera una de las peores cosas. Cuando llevaba un tiempo con una familia y me había empezado a acostumbrar, pasaba algo y me cambiaban.

-¿y cuáles eran las otras peores cosas?

Phoebe se quedó en silencio unos minutos. -Sin duda, lo peor de vivir en un orfanato era saber que no había amor incondicional para mí.

-No te entiendo.

-No es fácil de explicar -dijo Phoebe cruzándose de brazos-. Lo más difícil fue darme cuenta de que no iba a contar nunca con el amor incondicional que los padres les dan a sus hijos. Siempre supe que el amor que los padres de acogida me daban estaba condicionado. Si era buena, obediente y aplicada, me querían. Si no, me echaban.

Kevin se tocó el pecho y pensó en su padre.

-A veces, el amor de los padres de verdad también es condicional. ¿Por cuántas familias pasaste?

-De los dos a los dieciséis años, pasé por diez casas.

-¿Diez? Son muchas, ¿no?

-Como era muy enfermiza, era difícil que me tuvieran mucho tiempo. Nadie quiere a una niña que se pasa el día en el hospital.

Kevin sintió una terrible pena y deseó poder llenar ese vacío.

Apretó el volante y se quedaron en silencio de nuevo. El día se tornó noche y, cuanto más se acercaban a California, más confuso estaba Kevin.

Se suponía que debía dejarla en el muelle de Santa Bárbara con Loucan y punto.

¿Sería lo mejor? A pesar de que se había esforzado, no había conseguido averiguar quién era el hombre que lo había contratado.

Sabía que Phoebe estaba deseando contactar con alguien de su familia. Lo que ella no sabía era que si Kevin detectaba algo que fuera medianamente mal, la iba a sacar de allí en un abrir y cerrar de ojos.

Phoebe agradeció que pararan a cenar. Así pudo estirar las piernas.

Eran poco más de las seis y el restaurante estaba lleno de viajeros. Se sentaron en una mesa junto a una familia con una niña de unos dos años.

Casi inmediatamente, Phoebe se sintió cautivada por la pequeña, que hablaba y se reía como si la conociera de toda la vida.

La niña parecía más interesada en Kevin, a quien ofreció un poco de su patata asada.

-Parece que gustas incluso a las más pequeñas -bromeó Phoebe.

Kevin sonrió y le guiñó un ojo a la niña.

-Tiene buen gusto -apuntó él haciéndole carantoñas a la pequeña.

Phoebe lo observó encantada. Seguro que sería un buen padre. Ella no había pensado nunca en tener hijos hasta que había empezado a salir con Ben. Entonces se había despertado su instinto maternal.

Ben había desaparecido de su vida, pero el deseo de tener una familia no. De hecho, cada día iba en aumento. «Pero Kevin no es el hombre apropiado», se recordó a sí misma. Aquello era una misión para él. Tenía que llevarla a California y ya.

Mientras la camarera les servía la comida, la familia de al lado se fue.

-¿Has pensado alguna vez en casarte y tener hijos?

-Sí, de vez en cuando -contestó Kevin-, pero nunca en serio.

-¿Por qué?

-No sé. Supongo que por miedo a no hacerlo bien.

Phoebe lo miró confundida.

-¿Qué te da miedo? ¿Fracasar como padre o como marido?

-No lo sé. Ya te he dicho que nunca me lo he planteado en serio. ¿Y tú?

Estaba claro que no quería hablar de sí mismo.

-No sé -contestó Phoebe mirando la sopa-. Sí me gustaría formar una familia, pero es un poco difícil cuando ni siquiera salgo con hombres.

-Te diré que, si me quisiera casar y tener hijos, desde luego querría tener más de uno.

-¿Por qué?

-Porque yo soy hijo único y sé lo duro que es cumplir todos los

sueños y expectativas de tus padres.

-¿Crees que no lo has conseguido? ¿Sientes que les has fallado? -le preguntó sabiendo que se estaba metiendo en terreno peligroso, pero queriendo comprender por qué su mirada se tornaba esquiva cuando hablaba de su padre.

-A mi madre no -sonrió-. Para ella, yo era siempre el mejor.

-Qué suerte --comentó Phoebe con envidia sana-. ¿Y a tu padre?

Kevin desvió la mirada.

-No me di cuenta hasta que dejé la policía, pero, por lo visto, el amor de mi padre estaba mucho más condicionado que el de mi madre. Le parecía imposible que quisiera abandonar el cuerpo. Cuando le dije que me iba a California, se puso como loco, me dijo que me iba a desheredar y que había perdido su respeto.

Phoebe deseó agarrarle la mano, pero algo en sus ojos le advirtió que no lo hiciera.

-Lo siento, Kevin. Debió de ser duro -dijo.

-Sí, fue muy duro, pero lo peor fue que muriera sin que pudiéramos reconciliamos. Era un hombre muy orgulloso y supongo que yo también. Ninguno de los dos dio el primer paso para hablar.

-¿Murió de repente?

-Sí. Se metió en la cama y nunca se levantó. Murió de un infarto -contestó Kevin negando con la cabeza-. Yo lo consideraba un hombre intocable, inmortal casi…

-No es fácil vivir con arrepentimientos.

-No me arrepiento de haber dejado la policía -se apresuró a asegurarle Kevin-. De lo que sí me arrepiento es de haberme alejado de él. Aquello me enseñó a que, si tienes que decide algo a alguien, no puedes permitir que nada te lo impida. No hay que tener pelos en la lengua.

Phoebe sonrió y, aunque quería seguir hablando del tema para ver por qué Kevin creía que sería un mal padre y un mal marido por los problemas que había tenido con su progenitor, se dio cuenta de que ya había rascado bastante.

Terminaron de cenar y decidieron conducir un par de horas más.

Aquella noche, al pensar en que iban a tener que compartir de nuevo una habitación, Phoebe no se puso nerviosa. Habían sobrevivido a la primera, así que todo iría bien.

Se había equivocado de cabo a rabo, pero no se dio cuenta hasta dos horas más tarde, cuando entró en la habitación y se encontró con una cama de matrimonio. Dejó la maleta en el suelo y lo miró aterrorizada.

-No quedaban habitaciones con camas gemelas -dijo Kevin-. Si te supone un problema terrible, duermo en el coche.

-No digas tonterías -dijo ella dándose cuenta de lo cansado que estaba-. Somos adultos y sabemos quedarnos cada uno en nuestro lado de la cama.

-Voy a caer como una piedra, así que no vas a tener que preocuparte por mí -le aseguró Kevin-. Te cedo el primer turno en el baño.

-Gracias -contestó Phoebe entrando en el pequeño habitáculo-. No tardo nada.

Y no tardó nada. Se duchó en tiempo récord y se puso el camisón a toda velocidad. Salió del baño y se encontró a Kevin tendido sobre la colcha con los ojos cerrados.

-Supongo que querrás que me quite -comentó sin abrirlos.

-Lo justo para que me pueda meter en la cama.

-Bueno, si insistes -dijo levantándose y yendo al baño.

Phoebe retiró la colcha y se deslizó entre las sábanas intentando ocupar el menor espacio posible y no pensar en la proximidad de sus cuerpos.

Lo mejor sería quedarse dormida inmediatamente, al instante, mientras él se duchaba. Así no estaría despierta y no se daría cuenta de lo que era dormir con él.

Cerró los ojos e intentó respirar con normalidad, pero tenía todo el cuerpo en tensión, como si esperara que sucediera algo.

Cuando unos minutos después dejó de oír la ducha y Kevin volvió a la habitación, la tensión muscular era casi insoportable.

-Como te arrimes más al borde, te vas a caer de la cama -bromeó él.

Phoebe tomó aire y lo miró. Qué pena. Llevaba camiseta.

-No quería agobiarte -se defendió.

Kevin sonrió.

-Prefiero que me agobies un poco a que me despiertes cuando te caigas al suelo -dijo metiéndose en la cama-. Mira, hay sitio de sobra para los dos -añadió golpeando el trozo de colchón que había entre ellos-. Buenas noches, Phoebe -concluyó apagando la luz.

-Buenas noches, Kevin

Phoebe no podía dejar de pensar en él, en lo cerca que lo tenía, en sus maravillosas sonrisas. Menos mal que, al detectar cuándo se quedó dormido, se relajó un poco y, al cabo de un rato, se durmió también.

El cielo estaba cubierto de rayos y caían truenos sin parar. Estaba en mitad del mar luchando contra olas tan altas como rascacielos, atenazada por el miedo.

Además del miedo, había algo más. Un sentimiento de pérdida, pero, ¿por qué?

De alguna manera, sabía que si se quedaba en el mar, moriría, y si salía de él, también. Gritó... Necesitaba que alguien, quien fuera, la sacara de allí y pusiera final a su angustia.

-Phoebe.

Una voz lejana en mitad de los truenos. -Ayúdame -gritó.

-Phoebe, cariño, tienes una pesadilla.

Era la voz de Kevin. Al reconocerlo, el mar de evaporó y la tormenta se acabó. Estaba en la cama con él... pegada a él.

-Chist, no pasa nada. Estás a salvo -la tranquilizó medio dormido acariciándole el pelo-. Ven aquí -añadió agarrándola y atrayéndola contra sí-. No te preocupes, no pasa nada, duerme.

Phoebe dudó un segundo, pero terminó apoyando la cabeza en su pecho. Sintió su brazo alrededor de los hombros.

-Chist -susurró Kevin sin dejar de acariciarle el pelo.

Cuando se volvió a quedar dormido, Phoebe aspiró el aroma a detergente de su camiseta y se fijó en el latido de su corazón. Cerró los ojos y se dio cuenta de que no se había sentido nunca tan segura.

Entonces se dio cuenta de lo que le estaba ocurriendo. Se estaba enamorando de Kevin Cartwright.

Capítulo 7

Phoebe se despertó antes del amanecer, con la cabeza todavía apoyada en el pecho de Kevin, que la tenía agarrada con un brazo como para que no se moviera, y con las piernas entrelazadas.

No se movió. Kevin estaba profundamente dormido. Sabía que debería apartarse, pero no lo hizo. Prefirió sentir su musculoso torso junto a la mejilla, el latido de su corazón en el oído y la solidez de su cuerpo contra el suyo.

Se dejó arrastrar por el sentimiento que la había embargado la noche anterior tras la pesadilla. Se había dormido con el corazón henchido de amor por él. Aspiró su olor con fuerza, intentando grabárselo en la memoria para cuando se fuera y volviera a su vida.

La verdad era que la fastidiaba un poco que no hubiera intentado nada. Si hubiera probado suerte, al menos, sabría que la encontraba físicamente atractiva.

Pegó un respingo cuando sonó el despertador. Kevin alargó una mano y lo paró. Con la otra, la abrazó más fuerte.

-Es maravilloso despertarse así -dijo con voz soñolienta- Una habitación de motel y una guapísima mujer entre los brazos. Casi merece la pena tener que madrugar tanto.

-Kevin, perdón por lo de anoche –dijo Phoebe apartándose.

La verdad era que resultaba fácil hablar con él en la oscuridad.

-¿Por qué?

-Por despertarte.

-No hace falta que te disculpes -le dijo Kevin con ternura-. Yo también tengo unos cuantos demonios que me despiertan de vez en cuando.

-¿Tú también tienes pesadillas?

-Solo una, pero se repite continuamente--contestó tras un largo silencio.

-¿Sobre qué? ¿Con qué sueñas? –preguntó ella con curiosidad.

-¿Qué es esto? ¿Te enseño el mío si me enseñas el tuyo? -dijo encendiendo las luces y rompiendo la intimidad de la oscuridad-. Tenemos que ponemos en camino. Nos quedan cinco horas para llegar a Santa Bárbara.

Mientras Kevin se vestía en el baño, Phoebe intentó analizar la cantidad de emociones que corrían por su cuerpo. Dormir en sus brazos la había dejado inusualmente desvalida.

Cuando Kevin fue al coche para meter el equipaje, intentó convencerse de que no estaba enamorada de él. Lo único que sentía hacia él era agradecimiento por haberla sacado de su pesadilla.

Cuando terminó de vestirse y salió con su maleta, Kevin ya estaba al volante.

Faltaba poco para Santa Bárbara, para enfrentarse a su pesadilla, para sentir el mar en la piel, para ver las olas que tanto la aterrorizaban.

También para saber algo de su familia, lo que había querido toda la vida. Tomaron un café y salieron a la autopista. En el coche, se encontró mirando de reojo cada por dos por tres a Kevin. Le quedaba poco tiempo con él. No habían hablado de qué iba a pasar cuando le presentara a Loucan, pero Phoebe supuso que Kevin volvería a Los Ángeles y ella a Kansas City. Fin de la historia.

-¿Qué pesadilla tuviste anoche?

-Primero tú -dijo ella.

-No puedo. Nunca la recuerdo. Sé que la he tenido cuando me despierto y sé que es siempre la misma, pero no recuerdo los detalles.

Phoebe se estremeció.

-Ojalá a mí me pasara lo mismo.

-Parecía horrible. Te pusiste a gritar y a temblar.

-Es un sueño que me ha acompañado siempre... Hay una tormenta espantosa, con rayos y truenos, el viento huracanado suena como un tren y la lluvia me cae en la cara. Yo estoy en mitad del mar…

-¿En un barco?

Phoebe negó con la cabeza y arrugó el ceño.

-No lo sé. Solo sé que estoy en el mar. Kevin la miró.

-¿Lo que te da miedo es la tormenta?

-Sí, pero hay algo más -contestó Phoebe, confusa-. Siento como si me fuera a morir. Da igual lo que haga. Tanto si salgo del mar como si no, voy a morir. Además de miedo, siento un terrible dolor en el corazón, como si se me fuera a partir -se rió nerviosa-. De locos, ¿verdad?

-Hay gente que analiza los sueños y dice que un sueño no es nunca lo que ves, sino lo que simboliza. Tal vez, en tu caso, el mar sea tu vida y de lo que tienes miedo es de vivida.

-¿Tú te crees esas cosas?

-No. Yo creo que los sueños no tienen sentido.

-Estoy de acuerdo, pero el mío me hace la vida imposible porque siempre es el mismo y lo tengo desde pequeña.

-¿Te llevaron alguna vez a navegar o algo? Puede que sea un recuerdo.

-No recuerdo haber montado nunca en barco. No creo haber estado nunca en el mar -contestó estremeciéndose de nuevo solo con pensarlo-. A una de las familias de acogida le gustaba ir a la playa,

pero nunca me acerqué al agua.

-¿No sabes nadar?

-No, aunque, cuando veo a los demás hacerlo, me parece relativamente sencillo.

-Es relativamente sencillo. Si tenemos tiempo, si quieres, te enseño -sonrió Kevin-. No te pongas nerviosa. No tiene por qué ser en el mar. Podemos empezar en una piscina.

-No sé. Puede... -contestó Phoebe sin mucho entusiasmo.

Lo último que le apetecía era meterse en el agua. Se puso a mirar por la ventana preguntándose si habría subido en barco en sus primeros dos años de vida. ¿Y si el sueño no fuera una pesadilla sino un recuerdo?

Desechó la idea. ¿Qué iba a hacer una niña de dos años en el mar en mitad de una tormenta? No tenía sentido. Tampoco lo tenía que alguien quisiera robarle el collar.

-Llegaremos antes de comer -comentó Kevin.

-¿Se lo has dicho a Loucan?

-No. Lo llamaré cuando lleguemos -contestó arrugando el ceño-. Phoebe, sé que te mueres por hablar con él y ver si te puede dar pistas sobre tu familia, pero te lo voy a decir muy clarito. Si veo que algo va mal, te saco de ahí rápidamente.

Phoebe asintió, demasiado conmovida para hablar. Parecía que no solo le interesaba la recompensa económica. Aquello no hizo sino confundir todavía más los sentimientos que tenía hacia él.

Olió el mar mucho antes de vedo y se tensó. Mientras entraban en Santa Bárbara, se sentó muy recta.

-¿Has estado aquí antes?

-Una vez, cuando tenía ocho años. La familia con la que estaba entonces me trajo de excursión.

-Nunca me has dicho dónde vivías.

-En Santa Mónica, en Long Beach, en casi todas las ciudades del sur de California.

-He pensado en hospedamos en un motel que hay junto a los muelles. Es donde siempre quedo con Loucan. Hay un hotel más bonito cerca, pero si alguien nos está buscando, seguro que mirarán allí primero.

-¿Crees que siguen buscándonos? -le preguntó preocupada.

Kevin no contestó.

-Kevin, me prometiste decirme la verdad en todo momento.

-Muy bien. He estado pensando mucho en los hombres que intentaron robarte el collar y la relación que podrían tener con Loucan.

-¿Ya qué conclusión has llegado?

Kevin paró el coche en un semáforo que estaba en rojo.

-No creo que trabajen para Loucan, así que supongo que trabajarán en su contra –contestó mirándola muy serio.

Phoebe asintió.-Tiene sentido.

-Eso significaría que no querrían que te vieras con él, así que ahora mismo estamos en peligro. Tengo la impresión de que van a hacer todo lo que puedan para que no te veas con Loucan.

El coche de atrás les pitó indicándoles que el semáforo se había puesto en verde. Kevin se concentró en la carretera y Phoebe se preguntó qué tipo de peligros los estarían acechando.

La habitación de aquel motel seguía tan cutre como Kevin la recordaba de la última vez que se había reunido allí con Loucan.

Lo único que había cambiado era que había una pequeña terraza desde la que se veía el mar.

En un gesto de delicadeza hacia Phoebe, fue a cerrar las cortinas.

-No hace falta -le indicó ella, nerviosa-. Ver el mar no me puede hacer daño. Lo que no quiero es acercarme al agua.

Kevin se sentó y la miró fijamente.- ¿Sabes que el sitio donde hemos quedado con Loucan está justo encima del agua?

-Sí.

Kevin sabía lo que era el miedo y la comprendía.

-Si te sientes mejor, prometo agarrarte de la mano -le dijo en tono de broma.

-La verdad es que me sentiría mejor, sí-contestó mirándolo a los ojos.

Kevin tuvo que desviar la mirada.

-¿Por qué no te pones cómoda e intentas descansar un poco? Voy a llamar a Loucan y a echar un vistazo por la zona -le dijo levantándose y sacando el teléfono móvil de la maleta-. Cierra con llave cuando me haya ido y no te preocupes. Estoy ahí fuera.

Phoebe lo acompañó a la puerta y Kevin sintió el loco impulso de darle un beso. En lugar de hacerlo, le acarició la mejilla.

-E intenta sonreír. Te prometo que todo va a ir bien.

Phoebe le agarró la mano y la apretó contra su cara.

-Te tomo la palabra.

Kevin la oyó pasar el pestillo en cuanto cerró. Tomó aire y rezó para poder cumplir la promesa que le acababa de hacer.

Se apoyó en el coche y marcó el número de Loucan. Como siempre, nadie contestó. Solo había que dejar un mensaje.

-Estamos en Santa Bárbara -se limitó a decir Kevin.

Sabía por otras veces que Loucan se pondría en contacto con él,

pero no sabía cuándo. A veces tardaba unos minutos y otras, un par de días.

Mientras tanto, tenía que compartir la habitación con una mujer que cada vez se lo estaba poniendo más difícil.

Cuando aquella mañana se había despertado con ella entre los brazos, había sentido algo que no había sentido en su vida, la necesidad de despertarse así todos los días de su existencia.

Se tocó el pecho y la cicatriz de su vergüenza. Phoebe se merecía alguien mejor que él.

Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarla sola en California hasta no saber exactamente qué quería Loucan y por qué era su collar tan importante.

Volvió a la habitación y llamó a la puerta. -¿Has hablado con Loucan?

-No, le he dejado un mensaje. Nos llamará en cuanto lo oiga. .

-¿Qué hacemos hasta entonces?

Kevin se tumbó en una de las camas.

-Descansar -contestó agarrando el mando del televisor-. Intente relajarse, doctora.

-Qué fácil es decirlo -dijo tumbándose en su cama.

A los pocos minutos, estaba dormida. Verla dormir era mucho más interesante que ver la serie que estaban poniendo en la televisión. Parecía sola y desvalida. Kevin sabía que con él se había soltado, había bajado la guardia y le había mostrado cosas que ninguno de sus colegas conocía. Sintió una responsabilidad hacia ella como no había sentido hacia ningún otro ser humano.

Cerró los ojos para dejar de mirarla. Cuando los volvió a abrir, había pasado más de una hora y su estómago pedía comida a gritos.

Vio a Phoebe mirando por la ventana. -¿Enfrentándote a tus demonios?

Phoebe se giró y lo miró con ojos vidriosos.

-Algo así -dijo volviendo a mirar por la ventana-. Es curioso. El mar me da un miedo horrible, pero a la vez me atrae.

-Te voy a decir lo que me atrae a mí -dijo Kevin incorporándose y pasándose los dedos por el pelo-. A mí me atrae la idea de cenar. ¿Y a ti?

-Tengo hambre -contestó Phoebe apartándose de la ventana-. Voy a arreglarme.

-¿Te apetece un margarita? -dijo haciéndole un gesto a una camarera que llevaba dos en una bandeja.

-No sé... El alcohol me duerme.

-Bueno, ¿y qué? Después de cenar, nos vamos a ir directos al motel

a dormir, así que...

-¿y si llama Loucan? Quiero tener la cabeza despejada cuando lo conozca.

-No creo que llame ya -contestó Kevin-. Si no ha llamado ya, nos llamará mañana I

-Tal vez un margarita me ayude a relajarme un poco. .

-Seguro que sí -apuntó Kevin, que quería que se quedara como un tronco nada más llegar a la habitación. No quería conversaciones en la oscuridad cargadas de intimidades que no hacían más que acercarlo cada vez más a ella.

-¿Tú no vas a beber? -le preguntó Phoebe cuando Kevin terminó de pedir la cena.

-No. Uno de los dos tiene que mantener la cabeza despejada. Además, tengo que conducir.

Minutos después, se dio cuenta de que pedir un margarita para Phoebe había sido una idea pésima. Tuvo que apretar las mandíbulas para no saltar sobre ella cuando se puso a lamer la sal del borde de la copa.

-¿Seguro que no quieres uno? Está buenísimo.

Kevin sintió una peligrosa punzada en la entrepierna.

-No, gracias -contestó mirando a su alrededor para ver si veía algo interesante que le permitiera dejar de mirarla. No tuvo suerte.

Se moría por ella, por besarla y acariciar su cuerpo. ¿Tan malo sería hacer el amor con ella? Tal vez, si le hiciera comprender que no significaba que fuera a haber nada entre ellos. . .

-Kevin. -¿Sí?

-Solo quería darte las gracias por todo lo que has hecho por mí. Kevin sonrió.

-He puesto tu ordenada vida patas arriba, he hecho que entraran en tu casa y que te agredieran en la calle. Te he traído a un lugar que te da pánico y quién sabe lo que nos espera mañana. ¿Por qué me das las gracias?

Phoebe le tomó una mano.

-Por hacerme sentir a salvo a pesar de que sabemos que estoy en peligro -le dijo apretándole los dedos y soltándole la mano-. Gracias por ser un hombre maravilloso.

-De nada -dijo él suspirando. Definitivamente, era imposible hacer el amor con ella.

¿Cómo iba a dejarse llevar sabiendo que no tenían futuro?

Capítulo 8

El callejón olía a basura. Kevin avanzó despacio, con cuidado, sin dejar de mirar a la mujer tirada en el suelo entre dos contenedores.

Tenía la falda de cuero tan subida, que se le veía la ropa interior de color rojo.

Pero no fue aquello lo que llamó su atención, sino la mancha también roja que tenía en el centro de la blusa blanca.

Sabía que tendría que esperar refuerzos, pero, tal vez, para cuando llegaran, estaría muerta. La mujer dijo algo en voz muy baja. Kevin sintió que respiraba acelerado.

¿Dónde estaba el delincuente? Era imposible que hubiera salido del callejón. Kevin acababa de entrar en él cuando había oído los histéricos gritos de la mujer, a la que estaban acuchillando.

Había parado el coche patrulla en seco y se había bajado sin dejar de mirar a su alrededor.

Aquel era uno de los peores barrios de Chicago, donde los tiroteos y los gritos eran parte de la vida de todos los días.

¿Dónde estaba el delincuente? Kevin sacó la pistola.

La reconoció en cuanto se acercó a ella. Era Hemey, una drogadicta a la que había detenido unas cuantas veces.

Sintió que el sudor le corría por el cuerpo mientras se acercaba a ella. Ya casi no podía hablar. La sangre le brotaba a borbotones del pecho.

-Ya viene una ambulancia -le dijo viendo algo con el rabillo del ojo.

No le dio tiempo ni a reaccionar. John Joseph Case y, alias JJ, se le tiró encima y le quitó el arma. A continuación, le dio un puñetazo en la mandíbula. Kevin era un buen policía y estaba en forma, pero no tuvo nada que hacer frente a aquella montaña de músculo.

Como sabía que tenía todas las de perder, intentó hablar con él, pero JJ sacó un puñal y lo miró con furia.

Kevin dio varios pasos hacia atrás sin perder de vista el cuchillo. Sabía que a JJ le gustaban las drogas y, por su mirada, estaba claro que iba puesto.

Oyó sirenas a lo lejos. JJ se volvió loco y se abalanzó sobre él. Los dos cayeron al suelo, y Kevin sintió el peor dolor que había sentido nunca. No podía respirar.

No... podía... respirar...

Se despertó dando bocanadas y sudando. Se incorporó e intentó respirar con normalidad.

El sueño. No, no era un sueño. Era algo que le había sucedido.

Cinco años atrás, había estado a punto de perder la vida en aquel callejón.

Se alegró de no haber despertado a Phoebe, pero sabía que iba a tardar un buen rato en dormirse de nuevo.

Necesitaba aire fresco. Se levantó en silencio y salió al balcón. Se quitó la camiseta y se quedó mirando la luna llena.

Dejó la prenda en el respaldo de una silla y se acercó a la barandilla.

Si necesitaba una buena razón para no tener una relación con Phoebe ni con nadie, ya la tenía. Aquel sueño le recordaba el fracaso que había sido como policía y como hombre.

El sonido del mar lo calmó y se sentó en la otra silla.

Habían vuelto hacia las ocho, se habían duchado, se habían metido cada uno en su cama y habían puesto la televisión un rato.

Phoebe le había contado que no tenía mucho tiempo para verla. Había puesto una serie de risa y Kevin había disfrutado oyéndola reír.

Se había preguntado cómo sería ver la tele con ella con un cuenco de palomitas, cómo sería ver la televisión con ella todas las noches y dormirse uno en brazos del otro, cómo sería desayunar juntos todas las mañanas.

Al recordar que la noche anterior habían dormido así, se le habían tensado todos los músculos del cuerpo. No pudo evitar pensar en el camisón y las braguitas de algodón blanco que debía de llevar.

Menos mal que se había dormido y el deseo se había aplacado. Tenía miedo de darle rienda suelta y hacerle daño.

Lo último que quería era eso. Tenía la sensación de que ya había sufrido bastante. Rezó para que Loucan pudiera ayudarla a encontrar el amor familiar que tanto ansiaba y merecía.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos preguntándose por qué la idea de que Phoebe encontrara el amor junto a otras personas lo entristecía tanto.

Se despertó cuando estaba amaneciendo y Phoebe salió al balcón. Saltó de la silla para ponerse la camiseta, pero era demasiado tarde.

Phoebe se quedó mirándole la cicatriz y Kevin se sintió mortificado ante su posible rechazo.

-Veo que no soy el primer cirujano que pasa por tu vida -comentó acercándose.

-Sí, es asqueroso, ¿verdad? -dijo él sintiendo deseos de cruzarse de brazos para que no la viera.

-¿Asqueroso? -dijo ella mirándolo a los ojos-. Yo diría interesante -añadió alargando el brazo y tocándole la cicatriz-. ¿Perforación de pulmón?

-Sí -contestó sintiendo que le costaba respirar.

Al sentir sus dedos cálidos en el pecho y verla tan solo con el camisón y el pelo revuelto, la encontró irresistible.

-¿Perforación de bazo? -preguntó deslizando el dedo a lo largo de la cicatriz.

Kevin asintió.

-No es asqueroso, Kevin -le dijo con ternura-. Es solo un trozo de piel que ha sufrido -añadió inclinándose y besándole la cicatriz.

Kevin se quedó sin aliento. El deseo se apoderó de él y sintió que le ardía el cuerpo. La agarró y la atrajo hacia sí, besándola con fuerza. Phoebe lo besó también.

Kevin sintió sus pezones a través de la tela y sintió ganas de quitarle el camisón y sentir su cuerpo.

Cuando se separaron, Phoebe lo agarró de la mano y lo metió en la habitación. Lo miró con ojos expectantes y volvió a besarlo.

Kevin no pudo rechazar la invitación y la besó también, pero tuvo la sensación de que no iba a ser suficiente para aplacar el hambre que había en su interior.

Los dos cayeron sobre la cama de Phoebe sin parar de besarse. A pesar de que sabía que debía parar, Kevin no podía hacerlo. Ni entonces, ni nunca.

Estaba tumbado encima de ella, que lo besaba y le acariciaba el pelo. La intención de no tener nada con ella se esfumó.

Se apartó de su boca para besarle el cuello. Phoebe gimió levemente haciéndolo ponerse a mil.

Kevin dibujó el contorno de su cuerpo con las manos y, al subir, le agarró los pechos. Sintió los pezones erectos, duros como piedras, pugnando por atravesar el algodón.

Phoebe lo echó hacia atrás y se incorporó. Sin dejar de mirarlo a los ojos, se quitó el camisón y se quedó solo con las braguitas y el collar que colgaba entre sus senos.

Kevin pensó que no debía hacerlo, que lo mejor para ambos era parar inmediatamente, pero cuando Phoebe abrió los brazos para recibido, supo que estaba perdido.

Las preguntas que se habían agolpado en su cabeza al ver la cicatriz se habían desvanecido al sentir aquella profunda necesidad de que la abrazara, la besara y la amara.

Cuando la había besado, había sido como si llevara toda la vida esperando aquel momento, a aquel hombre. Como si fuera el hombre de su vida.

No importaba que lo conociera de poco tiempo. Era como si lo

conociera de siempre. Era el hombre que siempre había esperado. Sintió ganas de llorar y se le formó un nudo en la garganta.

Sintió sus manos por el cuerpo, moviéndose con delicadeza, y sus pulgares sobre los pezones, haciéndola estremecer de placer.

Estaba excitada y se sabía deseada, algo que no le había pasado nunca. Lo de Ben no había tenido nada que ver.

No era algo solo físico. También era mental… emocional. El hambre que siempre había tenido parecía saciarse con Kevin. Sintió ganas de llorar de alegría porque había encontrado la complicidad buscada.

-Kevin, hazme el amor -susurró deseando que la poseyera, que se unieran en un único abrazo.

En cuanto lo dijo, se dio cuenta de que sus palabras habían tenido el efecto contrario en él. Kevin se tensó y se sentó en la cama.

La miró con deseo y arrepentimiento a la vez. Tomó aire y se pasó los dedos por el pelo.

-Tenemos que parar -dijo con voz temblorosa-. Antes de que hagamos algo de lo que nos arrepintamos.

-Yo no me voy a arrepentir de hacer el amor contigo -contestó ella poniéndole la mano en el brazo.

Kevin se zafó de su caricia y se levantó. -Sí, sí te arrepentirías -dijo poniéndose los vaqueros.

Phoebe se puso el camisón temblando. Se sentía frustrada y dolida.

¿Se habría equivocado y no la deseaba? Kevin se quedó mirándola.

-No me malinterpretes. En estos momentos, no hay nada que me apetezca más que hacerte el amor. De hecho, llevo deseándolo desde la primera vez que te vi.

Phoebe se sentó en el borde de la cama y lo miró confusa.

-No te entiendo.

-No quiero una relación -le explicó Kevin-. Eres una buena persona y te mereces un buen hombre.

-¿y tú no eres un buen hombre?

-No, no lo soy -contestó con ojos vidriosos.

Phoebe sabía que no era así. Se lo había demostrado en varias ocasiones en aquella semana.

Kevin se puso una camiseta limpia y agarró el móvil.

-Vístete mientras salgo a comprar algo para desayunar.

Phoebe se moría por hablar con él, por preguntarle qué misterio ocultaba aquella cicatriz, pero no pudo porque Kevin ya se había ido.

Mientras se vestía, intentando olvidar sus caricias y sus besos, se dijo que no sabía en qué medida, pero sabía que Kevin se preocupaba por ella.

Aquello no era solo trabajo. Claro que siempre había sido una ingenua en las relaciones con los hombres. Tal vez se había equivocado por completo.

Con él tal vez, pero con ella no. Estaba claro lo que sentía por él. Amor.

Le había abierto su corazón en todos los sentidos. Había bajado la guardia por completo.

Tenía a un hombre misterioso llamado Loucan que le prometía una familia y el loco sueño de que lo que sentía por Kevin fuera recíproco. Lo que más miedo le daba era dejar California sin familia y sin él.

Llegaron a un restaurante en un incómodo silencio. Había terraza, pero Kevin le indicó al camarero que preferían sentarse dentro y Phoebe le agradeció el detalle. Así no tendría que ver el mar.

Pidieron el desayuno y el camarero se lo sirvió.

-¿Cómo fue? -le preguntó Phoebe tomándose el café.

-Fue hace cinco años en un callejón, cuando era policía. Habían apuñalado a una

mujer y fui solo, sin refuerzos. El delincuente estaba completamente drogado y enfurecido. Me redujo y me abrió en canal.

-A juzgar por la cicatriz que te dejó, casi te mata -comentó ella, horrorizada.

-Sí -dijo Kevin tocándosela-. Cuando llegaron mis compañeros, estaba inconsciente porque había perdido mucha sangre. Antes de que pudieran llevárselo, apuñaló a otros dos agentes.

-¿Los mató?

Kevin negó con la cabeza.

-Está cumpliendo cadena perpetua. -¿Por eso dejaste el cuerpo?

-Sí -contestó mirándola con cierta irritación-. ¿Te importaría que habláramos de otra cosa? Eso fue hace mucho y no tiene nada que ver con lo que tenemos entre manos ahora.

Phoebe fue a protestar, pero prefirió comerse el desayuno en silencio, esforzándose por hallar la forma de acabar con la horrible distancia que se había abierto paso entre ellos.

-Kevin, por favor, no te alejes de mí –le dijo en voz baja.

-No lo estoy haciendo -se apresuró a decir él-. Solo estaba pensando.

-¿En aquella noche? ¿Por eso tienes pesadillas?

De nuevo, lo vio tocarse el pecho y se dio cuenta de que era un gesto que hacía a menudo sin darse cuenta.

-Sí, suelo soñar con esa noche -contestó pasando el dedo por el filo del cuchillo-. Te aseguro que, desde entonces, le tengo mucho respeto a los objetos cortantes -añadió intentando bromear.

Phoebe sintió un inmenso amor por él en aquel momento y quería decírselo, pero sonó el móvil.

Kevin contestó, escuchó, dijo «de acuerdo» y colgó.

-Era Loucan. Hemos quedado dentro de un cuarto de hora.

Phoebe se puso nerviosa ante la certeza de que en tan poco tiempo iba a conocer al hombre que podía tener las respuestas sobre su familia que siempre había querido saber.

¿Estaría a punto de empezar una nueva vida en la que su familia estaría presente? ¿Descubriría, por fin, qué había sido de sus padres? ¿Tendría parientes?

Aunque había esperado aquel momento toda su vida, lo que más la angustiaba era no saber si aquello era el principio del fin con Kevin.

Capítulo 9

Esta playa se llama Arroyo Burro, pero los de aquí la llaman la Playa de Hendry -le explicó Kevin mientras aparcaba frente a una playa.

Miró a Phoebe y se dio cuenta de que, probablemente, no había oído ni una palabra de lo que le acababa de decir. Estaba concentrada en las olas rompiendo en la orilla y tenía los puños apretados.

Kevin recordó el momento en el que había tenido que parar aquella mañana. No hacerle el amor había sido lo más difícil que había hecho en su vida, pero tenía que poner distancia entre ellos.

Viéndola tan angustiada en aquellos momentos, aquella distancia era difícil de mantener.

-¿Phoebe?-.Ni caso.

-Phoebe -repitió más alto.

-Sí, perdona, ¿qué decías? -contestó por fin mirándolo levemente sonrojada.

-Hemos llegado -dijo Kevin señalándole un restaurante-. Ese es el Crab's Claw, donde siempre quedo con Loucan. Siempre se sienta en la mesa más cercana al agua.

Phoebe empalideció al momento y, a pesar de que sabía que no debía hacerlo, Kevin la tomó de la mano.

-Ya sé que es una tontería, pero de repente tengo miedo -dijo ella aferrándose a su mano.

-Todo va a salir bien -le aseguró Kevin, aunque tenía sus dudas. Había algo que le olía mal y no sabía por qué-. No te separes de mí y, si te digo que nos tenemos que ir, no dudes ni hagas preguntas. Simplemente, sígueme.

Phoebe le apretó la mano y asintió. -Vamos -dijo soltándose y tomando aire-. Espero que sepa algo de mi familia. Espero que no sea todo un terrible error.

-Yo también -dijo él con ternura. Salieron del coche y enfilaron el caminito que conducía al restaurante.

-Es una pena que Loucan no haya tardado un par de días en ponerse en contacto con nosotros -comentó Kevin.

-¿Por qué?

-¿Ya no te acuerdas? Te iba a enseñar a nadar -contestó dando brazadas de crol y de braza.

Phoebe sonrió.

-Estás haciendo el tonto para tranquilizarme.

-¿Y lo estoy consiguiendo? Si no es así, puedo seguir con mariposa y espalda.

-Kevin, tengo veintisiete años y he vivido muy bien hasta ahora sin saber nadar -le dijo mirándolo muy seria-. Te aseguro que no tengo ninguna intención de saltar al agua.

Kevin la miró con intensidad y se grabó en la memoria su cara. El sol acariciaba sus rasgos, confiriendo a su rostro un brillo especial y arrancando reflejos dorados de su pelo.

Llevaba un vestido verde que hacía juego con sus maravillosos ojos y le sentaba estupendamente. Así quería recordarla, tan guapa que le dolía mirarla.

-Vamos, Loucan debe de estar esperándonos.

El Crab's Claw era un típico restaurante de la zona, adornado con redes de pescar; era el lugar que solían elegir los turistas para comer.

Atravesaron el local para dirigirse hacia la puerta trasera que daba a las mesas de fuera. Kevin vio a través del ventanal a Loucan sentado en una de ellas.

En cuanto pusieron un pie en la terraza, y como si hubiera presentido su aparición, se puso en pie y se giró hacia ellos.

Como siempre, a Kevin lo maravilló su magnificencia y la fuerza de sus rasgos. No le gustó mucho, sin embargo, que mirara a Phoebe de arriba abajo, de un modo nada indiferente.

-Ah, Kevin -lo saludó-. Me alegro de verte. Y tú -añadió agarrándole la mano a Phoebe-, debes de ser Phoebe.

-Sí --contestó ella.-Por favor, sentaos. Tenemos tanto que hablar -les indicó soltando la mano de Phoebe.

Se sentaron con él, que se puso en medio.-Eres más guapa de lo que imaginaba –la halagó.

Kevin pensó que se dirigía a ella como si se la fuera a comer, no como un familiar al que hacía una eternidad que no veía.

-Gracias -dijo ella sonrojándose un poco.

-Hemos hecho muchos kilómetros, Loucan, para obtener ciertas respuestas –intervino Kevin con seriedad.

Loucan asintió sin dejar de mirar a Phoebe. -¿Tienes el collar?

Phoebe miró a Kevin dubitativa. Kevin asintió y, solo entonces, se sacó el amuleto y se acercó a Loucan para que lo viera.

-Eres una de las cuatro personas que buscaba -dijo el hombre tras examinarlo.

-¿Quién soy? -preguntó Phoebe con voz temblorosa.

Loucan se echó hacia atrás.

-Para decirte quién eres, te tengo que contar una historia que no te va a ser fácil de creer -contestó tras pedir café a una camarera-. ¿Habéis vuelto a tener problemas con esos tipos? -añadió mirando a Kevin.

-No. Hemos hecho todo lo posible para evitar que nos siguieran -contestó Kevin mirando a su alrededor-. Eso no quiere decir, por supuesto, que no sepan que estamos aquí -añadió mirando a Loucan-. Espero que nos expliques exactamente quién busca a Phoebe y por qué quieren el collar.

Loucan asintió.

-En cuanto nos traigan el café, os cuento todo lo que sé -contestó-. Eres cirujano, ¿no? -le preguntó a Phoebe.

-Sí, aunque ahora mismo mi vida y mi profesión me parecen de otro mundo. Estoy demasiado nerviosa. Lo único que quiero saber es dónde está mi familia.

Loucan le tocó la mano y Kevin sintió de nuevo una especie de ira contenida.

-Un poco de paciencia.

Kevin agradeció a la camarera que fuera tan rápida y llegara en un abrir y cerrar de ojos con los cafés. Quería que Loucan le contara a Phoebe todo lo que supiera, y luego quería llevársela de allí. No le gustaba nada cómo la miraba ni cómo la tocaba. No la había llevado hasta allí para ver cómo la seducía.

Loucan se volvió a echar hacia atrás. -Supongo que los dos habréis oído hablar de la Atlántida.

Kevin arrugó el ceño preguntándose qué tendría que ver aquello con Phoebe.

-Tened paciencia -repitió Loucan como si le hubiera leído el pensamiento-. En parte, la leyenda es cierta. Había una isla en el Pacífico donde la cultura y la ciencia estaban muy avanzadas. La isla desapareció por la erupción de un volcán. No se llamaba Atlántida sino Pacífica.

-¿Qué demonios tiene que ver eso con Phoebe? -preguntó Kevin, impaciente.

Loucan la miró a los ojos.

-Mucho. Phoebe nació allí.

Kevin tuvo que hacer un gran esfuerzo para no reírse.

-No lo entiendo -dijo la aludida-. Si la isla desapareció, ¿cómo puedo ser de allí?

-La lava formó una bóveda de tierra sobre la isla. Había aire dentro y se podía vivir. Los habitantes de Pacífica se acostumbraron a aquella situación y vivían tanto en tierra firme como en el agua.

Kevin arrugó el ceño. No entendía nada.

Miró a Phoebe para ver cómo estaba reaccionando ante aquella historia para no dormir y se quedó alucinado al ver que escuchaba con atención.

-Con el paso del tiempo, se formaron dos facciones en la isla. Phoebe, tu padre era el rey Okeana. Fue soberano durante varios años y creía que los habitantes de Pacífica estaban mejor alejados del resto del mundo. Su facción eran los nadadores.

Kevin pensó que aquel hombre se había vuelto loco. Hizo amago de levantarse para irse.

Había llevado a Phoebe a un callejón sin salida.

-Kevin, por favor -dijo ella con delicadeza-. Quiero saberlo todo.

Kevin se volvió a sentar con resignación. Si quería escuchar aquella sarta de estupideces, no sería él quien se lo impidiera. Tomó la taza de café entre las manos y le hizo un gesto a Loucan para que continuara.

-El hombre que dirigía la otra facción, los respiradores, se llamaba Galen y era mi padre. Cuando tú eras un bebé, estalló la guerra entre las dos partes. Tu madre, la reina Wailele, fue una de las primeras en morir. Entonces, tu padre designó un tutor para cada uno de sus hijos y los alejó de Pacífica. Los tutores tenían instrucciones de protegeros, criaros con vuestro país siempre presente y volver con vosotros allí en quince años.

- Trealla -dijo Phoebe en voz baja.

-Exacto. Ella era tu tutora. Tu padre no tenía forma de saber que moriría cuando tú no eras más que una niña y que nunca sabrías nada de Pacífica.

-¿y el collar?

-Antes de mandaros lejos, tu padre se encerró en una cueva acuática con algunos de los tesoros más preciados de nuestro país. Los fundió, y luego partió la pieza en cuatro trozos para darle uno a cada uno de sus hijos. La guerra terminó hace siete años con la muerte de tu padre y mi padre me envió para contratar a un detective que os encontrara -le explicó echándose hacia delante y volviendo a agarrarle la mano-. Te voy a ser completamente sincero, Phoebe. Necesitamos tu parte y también las de tus hermanas y la de tu hermano, pero sobre todo necesitamos que volváis a Pacífica para guiar el proceso de paz. Si tú, como hija del rey Okeana, y yo, como actual rey de Pacífica, estamos juntos, la gente vivirá en paz. .

Para alivio de Kevin, Phoebe retiró la mano.

-Has dicho que los habitantes de Pacífica se adaptaron a las nuevas condiciones de la isla. ¿A qué te referías exactamente?

-Desarrollaron colas en lugar de piernas para nadar en el mar, y branquias para respirar bajo el agua.

-Ya está bien -dijo Kevin poniéndose en pie-. Ya he escuchado suficiente. ¿Nos estás diciendo que la familia de Phoebe es... es...una escuela de peces?

-De sirenas, Kevin -contestó Loucan, muy serio.

Kevin lo miró con incredulidad.

-¿Me estás diciendo que Phoebe es una sirena?

-Exacto.

Kevin miró a Phoebe, que estaba anonadada.

-Vamos, doctora, creo que ya hemos escuchado bastante.

Phoebe se puso en pie.

-Pacífica te necesita -insistió Loucan poniéndole una mano en el antebrazo-. A ti y a tu collar. Sé que lo que te acabo de contar parece de ciencia ficción, pero, por favor, piensa en ello -añadió apartando la mano-. Estaré aquí toda la tarde si quieres hablar conmigo.

Phoebe asintió y ambos abandonaron el restaurante en silencio.

Kevin se sentía fatal porque se podía imaginar la terrible decepción que acababa de sufrir Phoebe.

Le había hecho creer que iba a encontrar a su familia y, en lugar de eso, se había encontrado con un lunático.

Phoebe intentó convencerse de que Loucan estaba loco, pero parecía muy seguro de lo que decía.

Kevin le pasó un brazo por los hombros al llegar al coche.

-Phoebe, lo siento mucho -le dijo con pesar.

Ella lo miró sorprendida.- ¿Por qué?

-Porque creía que te iba a contar algo sobre tu familia, no una historia fantástica.

-No sabías lo que me iba a decir -lo tranquilizó.

-No, no lo sabía y no me puedo creer lo que te ha contado. Tal vez no he podido averiguar nada sobre él porque se ha pasado la vida en un psiquiátrico.

-Puede -dijo Phoebe recordando las palabras de Loucan.

Kevin le abrió la puerta y a los pocos segundos estaban de vuelta hacia el motel.

-Podemos volver mañana mismo a Kansas City -apuntó Kevin aparcando el coche.

-No hace falta que me lleves hasta Missouri. Puedo tomar un avión contestó Phoebe con una pena terrible.

Sintió que se le formaba un nudo en la garganta. Tal y como se había imaginado, iba a volver a casa sin haber descubierto nada sobre su familia y habiendo perdido a Kevin.

-No sé si me hace mucha gracia que te montes en un avión tú sola comentó él al entrar en la habitación-. Seguimos sin saber quién te busca y por qué.

Phoebe se tocó el amuleto.

-Se lo tendríamos que haber preguntado a Loucan.

-Sí, claro, para que nos diga que te busca una manada de hombres lobo -ironizó.

Phoebe abrió el ventanal que daba al balcón, salió y se apoyó en la barandilla mirando el mar.

A pesar de que lo que le había contado Loucan era increíble, no podía apartarlo de su cabeza.

Había algo irracional e ilógico que la hacía creer que decía la verdad.

-¿Estás bien? -le preguntó Kevin saliendo al balcón también.

-No lo sé. Estoy confundida.

-No te habrás creído todo eso de vivir debajo del agua y tener cola, ¿verdad?

-No… Sí… -suspiró-. No lo sé -añadió mirándolo a los ojos-. ¿Y la pesadilla? ¿Y si no es un sueño sino un recuerdo de cuando me enviaron lejos de Pacífica? El dolor que siento en la pesadilla debe de ser porque me estaban separando de mi país y de mi familia. -Phoebe -dijo Kevin poniéndole las manos en los hombros-. Sé que te mueres por saber algo de tu familia, pero, ¿cómo es posible que te creas lo que te ha contado Loucan?

-No lo sé -contestó ella con tristeza volviendo a mirar el mar-. Solo sé que hay cosas que coinciden con su historia.

-¿Como qué?

-Como que me da mucho miedo el mar, pero también me siento irremediablemente atraída por él, como que este collar es muy importante y hay alguien más que lo está buscando…¿Cómo explicas eso?

Kevin se pasó los dedos por el pelo.

-No lo sé -confesó-, pero lo que sí sé es que no estoy por la labor de ir en busca de unas cuantas sirenas y una civilización sumergida.

Phoebe lo miró un segundo y luego se giró hacia el mar. Las lágrimas le impedían ver con claridad. Había llegado el momento de decirle adiós. Su trabajo había terminado. Aquello le producía un terrible dolor y no pudo evitar sollozar.

-Phoebe, por favor, no llores -le dijo Kevin abrazándola.

Ella apoyó la cabeza en su pecho y aspiró su olor, pero aquello no hizo sino hacerla llorar más.

-Sé que estás disgustada y lo siento mucho.

-No lloro por eso -contestó ella entre sollozos.

-¿Entonces?

Phoebe se apartó de él un tanto furiosa porque no se diera cuenta de lo que la hacía llorar.

-Lloro porque nuestra aventurita se ha terminado -contestó

impaciente limpiándose las lágrimas-. Lloro porque mañana estaré en un avión de vuelta a mi triste y solitaria vida.

Kevin dio un paso hacia ella, pero Phoebe retrocedió.

-Lloro porque me he enamorado de ti y no quiero que nos separemos.

Se habría reído ante la expresión de estupefacción de Kevin si no hubiera sido porque aquella situación le provocaba un dolor insoportable.

-Phoebe… -dijo alargando una mano hacia ella-. Estás enfadada y no piensas lo que dices -añadió metiéndose ambas manos en los bolsillos-. ¡Pero si hace unos minutos te estabas intentando convencer de que eres una Sirena!

-Puede que no sepa quién soy ni de dónde vengo, pero tengo muy claros mis sentimientos -protestó dando un paso hacia él-. Te quiero, Kevin. Te quiero con toda mi alma y con todo mi corazón.

Aquella vez fue él quien dio un paso atrás. Se sacó una mano del bolsillo y se la pasó por el pelo.

-Para con eso -dijo desesperado-. Es imposible que me quieras. Si apenas me conoces…

Phoebe vio algo en sus ojos que le dio fuerzas para seguir.

-Claro que te conozco -protestó dando otro paso hacia él.

Kevin no se movió.

Phoebe le acarició la mejilla.

-Sé que te gusta hacer bromas para relajar a la gente, que te preocupas por los demás, que te tomas las cosas en serio. Sé que te quiero y eso es lo único que importa.

Kevin la miró enfurecido, le agarró la muñeca y le quitó la mano de la cara.

-No me conoces de nada -bramó alejándose de ella-. No me quieras, Phoebe. Sé por qué te lo digo. No merezco la pena. Esto no va a terminar en «…y fueron felices y comieron perdices».

Aunque las últimas palabras habían sido como una puñalada, apartó su dolor para intentar entender el de Kevin.

-¿Por qué dices eso? ¿Por qué estás convencido de que no mereces la pena?

-Porque soy un cobarde, porque dejé la policía a causa del miedo -explotó-. Decepcioné a mis compañeros y perdí el respeto de mi padre. De verdad, Phoebe, no merezco la pena -concluyó metiéndose en la habitación y dejándola sola en el balcón.

Capítulo 10

Kevin se sentó en el borde de la cama, agotado por el estallido de cólera y alucinado ante las palabras de amor de Phoebe. Durante unos segundos, cuando le había confesado que lo quería, su corazón había dado un brinco y se había imaginado casado con ella.

Pero aquel sueño no había durado demasiado porque la realidad lo había aplastado. Era un perdedor y no se merecía una mujer como ella.

La miró cuando entró con los ojos enrojecidos.

-Cuéntame qué pasó aquella noche en el callejón -le pidió sentándose en su cama.

-Ya te lo he contado.

-No me lo has contado todo. No me contaste que tenías miedo y no me habías dicho que te creyeras un cobarde.

Lo que menos le apetecía era hablar de aquel momento de su vida, pero sentía como si, de alguna manera, le debiera una explicación. No podía decide que la quería porque se negaba a sí mismo poder amar, pero sí podía decide qué lo había llevado a ser así.

-Me apuñaló y me desmayé por la pérdida de sangre, pero en los segundos antes de perder la conciencia, pasé más miedo que en toda mi vida.

-Te acababan de acuchillar.

Kevin hizo un gesto con la mano como diciendo que eso daba igual.

-En cuanto salí de quirófano y me dijeron que estaba a salvo, supe que no era lo suficientemente hombre como para volver al cuerpo -confesó sin poder mirada a los ojos. Se quedó mirando la pantalla del televisor; vencido por la vergüenza-. Me daba miedo volver a perseguir delincuentes, temía ser una carga para el cuerpo y para mis compañeros, y lo que más miedo me daba era volver a verme en una situación parecida y morir... o, peor, huir y dejar a un compañero en peligro.

-¿y te vas a castigar toda la vida? -le preguntó Phoebe sentándose junto a él-. Kevin, estuviste a punto de morir y reaccionaste como cualquier ser humano -añadió agarrándole la mano-. ¿No va siendo hora ya de que dejes de martirizarte por ello?

Kevin apartó la mano y se levantó. No podía tenerla cerca. ¿Por qué se lo estaba poniendo tan difícil? ¿Por qué no entendía que se merecía otro tipo de hombre, alguien que no tuviera pesadillas y que no estuviera asustado de su propia cobardía?

-Te has enamorado de mí, ¿verdad, Kevin?-susurró ella.

Kevin tomó aire e intentó controlarse.

No había querido analizar lo que sentía por Phoebe porque, en lo más hondo de sí mismo, sabía que la quería.

-Lo que sienta por ti no importa -le contestó mirándola-. Lo único que importa es lo que haga con esos sentimientos, y no pienso hacer nada. Mañana nos separaremos y se acabó. No tenemos futuro juntos.

Vio lágrimas en sus ojos y sintió el mismo terrible dolor que ella, pero sabía que estaba haciendo lo correcto.

-El drogadicto quería matarte, ¿no?

-Sí, yo diría que sí.

-Pues lo consiguió, porque un hombre que no puede dar amor y que no quiere recibido está muerto -le espetó saliendo al balcón.

Kevin la observó y se sintió vacío. Aquello no era nuevo para él. Se había sentido vacío desde aquella noche en la que había sentido tanto miedo; debido a ese miedo había dejado el trabajo que más amaba y la gente a la que más respetaba.

Sin embargo, el dolor que sentía en aquellos momentos era nuevo y más profundo. Estaba claro de dónde venía. Todo era porque, efectivamente, se había enamorado de la doctora Phoebe Jones.

Se moría porque llegara el día siguiente para despedirse de ella, pero no pudo evitar preguntarse cuánto tiempo se iba a quedar en el balcón y si seguiría llorando. Quería salir y consolarla, pero sabía que aquello era lo peor que podía hacer. Tenía que mantener la distancia, no se podía permitir darle esperanzas de algo que no iba a ser.

Phoebe estuvo en el balcón hasta media tarde. Entró y se tumbó en la cama de espaldas a Kevin, que estaba también tumbado, pero mirando al techo, preguntándose cuánto tiempo iba a sufrir por aquello.

Se despertó cuando estaba anocheciendo.

Inmediatamente, fue hacia la cama de Phoebe. No estaba. En ese momento, la vio salir del baño.

Se sentó al darse cuenta de que se había cambiado de ropa.

-¿Qué haces?

-Voy a ir a hablar con Loucan.

-¿Por qué?

-Porque te contrató para encontrar a una mujer llamada Phoebe que tenía este collar. No sé qué hay de verdad en su historia, pero, hasta ahí todo es cierto. Puede que tenga información sobre mis hermanos o me pueda decir por qué hay alguien buscando el collar.

-No creo que Loucán esté bien de la cabeza.

-Tengo que hablar con él de todas formas, Kevin. No me podría ir a casa sin estar segura de que está loco.

Kevin asintió.

-Dame un minuto para vestirme.

Al poco rato, estaba en el coche yendo hacia la playa. El cielo parecía pintado con tonos anaranjados y rosados.

-¿Crees que seguirá aquí? -le preguntó Phoebe mientras aparcaban. Kevin se encogió de hombros.

-Si no está, lo podemos llamar y, mientras esperamos, aprovechamos para cenar -contestó agradecido porque Phoebe no hubiera vuelto a sacar el tema de su relación.

-¿Dónde va ese camino?

-Va por la orilla hasta la terraza del restaurante.

-Vamos por aquí.

-¿Seguro?

Phoebe dudó un segundo, pero levantó el mentón y asintió.

-¿Estás bien? -le preguntó Kevin al cabo de un par de minutos andando por la arena.

-Sí -sonrió ella.

-Cuando lleguemos al muelle, no te apoyes en la barandilla -le indicó-. Está suelta -añadió mirando la mesa donde habían estado aquella mañana-. Me parece que Loucan no está.

-Entonces aprovecharemos para cenar. Llegaron a la escalera de madera que subía al muelle y a la terraza del restaurante. Estaban llegando arriba cuando oyeron pasos apresurados a sus espaldas y ambos se giraron.

-Es él -gritó Phoebe-, el tipo que intentó quitarme el collar.

Kevin se apresuró a ponerse entre el hombre y Phoebe.

-Dame el collar y nadie saldrá malparado-gritó.

A Kevin no le dio tiempo a sacar la pistola. De repente, el hombre tenía un cuchillo en la mano.

Un tardío rayo de sol dio en la hoja y Kevin se estremeció. Se tocó la cicatriz y sintió que el corazón se le aceleraba.

-Como intentes sacarte la pistola del tobillo, te hago picadillo; y luego, la degüello a ella -sonrió el tipo.

Que lo amenazara a él le daba igual, pero que amenazara Phoebe lo enfureció. De repente, ya no sentía miedo. Gritó y se abalanzó sobre el hombre sin perder de vista el cuchillo.

No podía permitir que se acercara a ella. El hombre intentó clavarle la navaja, pero

Kevin logró esquivar la embestida y agarrarle la muñeca. En el forcejeo, se dieron varios golpes contra la barandilla de madera, que acabó cediendo.

Antes de caer al agua, lo último que oyó fue un agudo grito de

Phoebe.

Ambos hombres se sumergieron. Kevin le dio una patada a su adversario para poder subir a la superficie a respirar. Una vez allí, esperó a que el otro saliera. Nada. ¿Lo habría dejado inconsciente?

Miró hacia arriba y vio a Phoebe lívida. Le hizo una señal para indicarle que todo iba bien y nadó hacia la orilla.

Se agarró a un saliente y se impulsó para salir del agua. En ese momento, notó un fuerte golpe en la espalda y sintió que le faltaba el aire.

Cayó al agua de espaldas preguntándose cómo había aguantado el otro tanto tiempo sin respirar y dónde estaría. Sabía que le había perforado el pulmón y que, probablemente, se iba a ahogar. El agua a su alrededor se tiñó de rojo y un cansancio brutal lo invadió.

Intentó no hundirse y miró a Phoebe. Entonces se arrepintió de muchas cosas. Luego se hundió.

Phoebe observó horrorizada cómo Kevin desaparecía bajo el agua. Había visto al hombre apuñalarlo y sabía que estaba herido. ¿Por qué no había ido a ayudarlos? ¿No habían oído sus gritos?

Vio a Kevin emerger de nuevo. Estaba pálido… demasiado pálido. El agua se lo volvió a tragar.

Entendió que, si se quedaba allí, lo iba a ver morir. Tomó aire y sintió un escalofrío en la espalda. La única esperanza era que lo sacara del agua. Sin pensarlo, se tiró.

El impacto con el agua fría la sorprendió. Se fue abajo, abajo, abajo… No sabía nadar. Sintió pánico. Había cometido una terrible locura.

Movió los brazos y abrió los ojos en busca de Kevin. No lo veía, pero ya no sentía pánico porque el agua la abrazaba como si se conocieran de toda la vida.

Lo único malo es que le picaban horriblemente las piernas. Era una sensación muy rara. No sabía dónde estaba Kevin y, lo que era peor, no sabía dónde estaba el otro hombre. Rezó para que se hubiera ido.

Tuvo que salir a la superficie porque le estallaban los pulmones. Dio varias bocanadas y volvió a sumergirse. Al dar una patada con las piernas, se dio cuenta de que… tenía una cola verde. No había tiempo que perder, pero se dio cuenta de que, increíblemente, estaba respirando bajo el agua.

Tenía que encontrar a Kevin. Gracias a la cola, se movía con rapidez. De repente, lo vio. Estaba con la cabeza fuera del agua. Eso quería decir que estaba vivo.

Lo vio hundirse de nuevo y se apresuró a llegar a su lado. Kevin la

miró con los ojos como platos y perdió la conciencia.

Phoebe lo tomó en brazos y lo llevó a la orilla. Allí volvió a sentir aquella especie de cosquilleo doloroso y sus piernas volvieron a aparecer.

Entonces vio que había varias personas mirando.

-Ya viene la ambulancia -gritó alguien.

Phoebe asintió y lo miró. Respiraba con dificultad. Con cuidado, lo puso de lado y le miró la herida de la espalda. Parecía profunda, pero el agua fría había parado la hemorragia. Estaba inconsciente, pero vivo.

A los pocos minutos, llegó la ambulancia y los trasladaron al hospital. En el camino, a Kevin le pusieron oxígeno. Phoebe le agarró la mano y sintió un terrible dolor.

En cuanto llegaron al hospital, se lo llevaron y ella se quedó sola en la sala de espera. Era la primera vez que se veía allí. Estaba acostumbrada a estar al otro lado, a ser la que luchaba frenéticamente por salvar la vida de alguien. Se sentó y comenzó a tener un terrible frío porque estaba empapada y el aire acondicionado estaba encendido.

Una enfermera le llevó unas toallas y una manta y le indicó que había un baño donde podía cambiarse.

Una vez allí, se secó. Al terminar, se miró al espejo. «Soy una sirena», se dijo.

Así que todo lo que le había contado Loucan era cierto. No estaba loco. Aunque resultara increíble, era una sirena.

Entonces todo lo demás podía ser también verdad. En algún lugar, tenía dos hermanas y un hermano. La alegría que aquello le produjo se vio nublada por la preocupación por Kevin, que se había jugado la vida para protegerla.

Salió corriendo del baño y fue hacia la sala de espera. Quería decirles que era cirujano y que la dejaran entrar para ayudar; pedirles que, por favor, lo salvaran porque era el hombre al que quería con todas sus fuerzas.

Sin embargo, tuvo que sentarse y esperar.

Kevin sabía que estaba soñando porque estaba bajo el agua nadando con una sirena de ojos y cola verdes. Era igual que Phoebe. Qué guapa.

Le sonrió y fue hacia ella. Una vez abrazados y rodeados de agua, se besaron con pasión.

-Creo que está recobrando el conocimiento-apuntó una voz que no reconoció.

Kevin arrugó el ceño. ¿Qué hacía aquella voz en su sueño? ¡Fuera!

-¿Kevin?

Sonrió al reconocer la segunda voz. Era Phoebe.

-Kevin, ¿puedes abrir los ojos?

Claro que sí. Por ella, lo que fuera. Al fin y al cabo, la quería. Abrió los ojos y le costó un poco ubicarse.

Se hallaba en un hospital y Phoebe estaba sentada en una silla junto a él. Entonces lo recordó todo.

-Kevin -dijo ella acariciándolo con lágrimas en los ojos.

-¿Estás bien?

Phoebe se rió.

-Yo sí. Y tú también lo estarás en breve.

-Los dejo solos -apuntó la enfermera saliendo de la habitación.

-¿Qué ha pasado?

-Te apuñaló dos veces. Una de las heridas era superficial, pero la otra te atravesó el pulmón. Oh, Kevin, qué miedo he pasado -sollozó con lágrimas resbalándole por las mejillas.

-Ven aquí -le indicó para que se acercara y así poder limpiarle las lágrimas-. Hace falta algo más que un par de puñaladas para acabar conmigo.

-Ni siquiera lo dudaste -susurró ella-. Aunque tenía una navaja, te abalanzaste sobre él.

-Porque no quería que te tocara… Cuando vi el cuchillo, sentí miedo, pero no la clase de miedo paralizante que siempre había creído que sentiría si me viera de nuevo en una situación así.

Phoebe lo miró con una expresión muy clara en los ojos… Amor.

-Eso es porque no eres ningún cobarde, Kevin.

-Pero lo he sido… Hace un par de días, te prometí que siempre te contaría la verdad y te la voy a contar. He sido un cobarde por no querer admitir lo mucho que te quiero, porque temía decepcionarte.

-Kevin, nunca… me decepcionarás. Eso es imposible -contestó ella llorando.

-La verdad es, Phoebe, que no puedo parar de pensar en lo maravilloso que sería dormir todas las noches a tu lado y despertarme cada día contigo entre los brazos. No puedo parar de pensar en lo maravillosa que sería mi vida si la compartiera contigo -confesó incorporándose. Por primera vez en cinco años, se sentía feliz-. Sé que tienes tu trabajo y tu vida en Kansas City, pero estoy dispuesto a mudarme allí. Cásate conmigo, Phoebe.

Una inmensa felicidad se apoderó de ella, seguida de una tristeza infinita que Kevin advirtió y sintió como una nueva puñalada.

-Nada me haría más feliz que casarme contigo, pero te tengo que

contar una cosa que puede que te haga cambiar de opinión.

Kevin la miró. Aquellos ojos verdes brillaban con la misma intensidad que lo hacían bajo el agua en su sueño.

De repente, lo comprendió. No había sido un sueño. Tomó aire para asimilar lo que acababa de descubrir. ¿Le importaba? ¿Cambiaba aquello en algo lo que sentía por ella? No.

-Phoebe, ven aquí -le indicó dando un golpecito sobre la cama. Phoebe dudó, así que la agarró de la mano y la sentó-. Ven aquí y déjame que te diga una cosa al oído.

Phoebe lo miró con curiosidad y se inclinó.

-¿Cómo he podido querer enseñar a nadar a una sirena?

Phoebe se incorporó de un respingo. -¿Cómo lo sabes?

-Sí. Me cuesta creerlo, pero sé que lo vi con mis propios ojos.

-Es verdad, Kevin. Yo tampoco me lo puedo creer, pero es cierto. Kevin la abrazó con amor.

-Quieres la verdad, ¿no? Phoebe asintió con miedo.

-La verdad es que me da exactamente igual. Por mí, como si te conviertes en salmón al anochecer. Te quiero de todas formas -le dijo besándola.

Phoebe lo abrazó con fuerza.

-¿Esto quiere decir que te casas conmigo? -¡Claro que sí! exclamó emocionada besándolo de nuevo.

Aquel beso era una promesa de amor y de pasión, buenos momentos y vida en común.

EPÍLOGO

Parece que el paciente está bien -dijo Loucan abriendo la puerta de la habitación de Kevin.

Kevin y Phoebe estaban sentados esperando a que el médico le diera el alta.

-¿Se puede?

-Adelante -contestó Phoebe.

Loucan entró y se sentó frente a ellos. -Me he enterado de lo que había pasado y quería ver qué tal estabais.

Phoebe agarró a Kevin de la mano y sonrió. -Estamos bien -le aseguró-, pero tenemos

muchas preguntas.

-Yo también quería preguntarte algo, pero me temo que ya sé la respuesta -apuntó Loucan.

-¿De qué se trata? -preguntó Kevin.

-Quería pedirle que se casara conmigo por el bien de Pacífica, pero veo que su corazón no me pertenecerá nunca.

Kevin sonrió satisfecho.

-¿Quién es el tipo que me apuñaló ayer? Loucan arrugó el ceño.

-Supongo que un secuaz de Joran.

-¿Quién es Joran? -preguntó Phoebe.

-El jefe de un grupo de rebeldes que intenta hacerse con los cuatro collares para no sabemos qué fines.

-Loucán, háblame de mi familia. ¿Qué sabes de mis hermanos?

-Tu hermano, Saegar, no tiene salvación… por decirlo de alguna manera.

-¿Por qué? -preguntó Phoebe, asustada.

-Lo normal es que en Pacífica se nazca con piernas y a los tres años se desarrolle la cola. Podemos nadar y andar, las dos cosas. En el caso de tu hermano, sin embargo, no fue así y ahora será un hombre normal que no podrá volver jamás a Pacífica.

Phoebe intentó asimilar la información sobre alguien a quien no conocía, pero que era su familia más cercana.

-También está tu hermana mayor, Thalassa, que partió con Cyria, vuestra niñera, y Kai, tu gemela.

-¿Tengo una gemela? -dijo Phoebe, emocionada.

Kevin le apretó la mano.

-y mis padres murieron… -murmuró.

-Cuando tu padre os alejó de Pacífica, no podía prever lo que iba a durar la guerra. Su idea inicial era que volvierais. Os quería mucho.

Aquellas palabras la llenaron de una paz maravillosa.

-Phoebe, Pacífica te necesita. Por favor, ven conmigo -le rogó Loucan-. Como cirujano nos serías de una ayuda inestimable. Además, el pueblo necesita saber que, al menos, una hija del rey Okeana sigue con vida y dispuesta a ayudar.

Phoebe miró a Kevin.

-No puedo ir si no es con él.

-Me lo imaginaba -apuntó Loucan mirando a Kevin-. Necesitamos hombres valientes también y, además, me gustaría que siguieras buscando a los otros tres. Podríais vivir en el mar y en tierra firme.

Phoebe se preguntó qué diría Kevin.

-Iré a donde me pidas -contestó-. Además, quiero encontrar a tus hermanos. Todo esto me ha pillado por sorpresa y necesito un poco de tiempo para asimilarlo, así que llegaremos en un par de días -apuntó dirigiéndose a Loucan-. Además, tenemos algo importante que hacer.

-¿Ah, sí? -dijo Loucan con curiosidad.

-Sí, casarnos -sonrió Kevin.

Phoebe sintió una inmensa felicidad. Algún día, tendría una familia con aquel hombre al que tanto amaba, lo que más había deseado en su vida.

Loucan se puso en pie.

-Avisadme cuando estéis listos para partir-dijo antes de irse.

-Tengo una hermana gemela… -susurró Phoebe-. No me extraña que al decirme su nombre sintiera algo extraño.

Kevin se levantó y la abrazó.

-No te preocupes. Te prometo que la encontraré. A ella y a los demás -sonrió-. No por la recompensa de Loucan, sino por el amor y la gratitud de mí adorada esposa.

Phoebe sonrió y le pasó los brazos por el cuello.

-Eso ya lo tienes.

-Hace cinco años, di mi vida por perdida.Creí que nunca volvería a ser feliz -le dijo con gravedad-. Ahora me voy a casar con una preciosa Sirena.

-Kevin, respecto a lo que me dijiste, que lo que más miedo te daba era dejar a un compañero solo ante el peligro, quería decirte que ese miedo no es de cobarde sino de héroe.

-Te quiero, Phoebe -dijo él, emocionado. -Yo también -contestó ella besándolo. -Solo una cosa…

-Dime -dijo Phoebe sintiendo cómo la pasión se apoderaba de ellos.

-¿Nuestros hijos serán pececillos de colores?

Phoebe lo miró preocupada, pero se tranquilizó al ver que estaba de broma.

-Qué malo eres -protestó dándole un golpecito en el pecho.

Kevin se rió y la abrazó con fuerza.

-Al final, sí que va a haber «... y vivieron felices y comieron perdices», ¿verdad?

-¿Quieres la verdad y nada más que la verdad? Sí, cariño, vamos a tener nuestro final feliz -añadió besándola- con adoración.